

LA IGLESIA ES DEL SEÑOR



OSVALDO REBOLLEDA
OSVALDO REBOLLEDA

LA IGLESIA ES DEL SEÑOR



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro no fue impreso
con anterioridad
es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar con libertad todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

Capítulo uno:

La voluntad del Señor.....	12
-----------------------------------	-----------

Capítulo dos:

Los diseños del Señor.....	31
-----------------------------------	-----------

Capítulo tres:

La santidad del Señor.....	45
-----------------------------------	-----------

Capítulo cuatro:

El Único digno de adoración.....	63
---	-----------

Capítulo cinco:

Rey de reyes Señor de señores.....	81
---	-----------

Capítulo seis:

El Señor de la Iglesia.....101

Capítulo siete:

Señor del cielo y de la tierra.....119

Reconocimientos.....140

Sobre el autor.....142



INTRODUCCIÓN

“Busquemos la manera de ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer el bien. No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos, sino animémonos unos a otros; y tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca”.

Hebreos 10:24 y 25 PDT

Este libro, surgió a través de un irresistible impulso por expresar lo que veo con gran pesar, en la Iglesia de estos tiempos. Por supuesto, asumiré rápidamente y aun demostraré, que el gran problema del hombre, es el hombre mismo, aun desde el principio de la creación, eso no es una gran novedad. Pero creo que por causa del oscuro clima espiritual que padecemos, debemos considerar severos cambios rápidamente, en el liderazgo de la Iglesia.

Desde el pecado de Adán, el hombre sistemáticamente ha metido sus manos de manera imprudente en los diseños de Dios, y el Señor, con su infinita paciencia nos ha soportado, pero ya no tenemos excusas para seguir actuando así. Ya no hay tiempo para caprichos necios y absurdas ideas humanistas. Estamos

entrando en los días determinantes de la historia y creo que debemos devolverle la Iglesia al Señor.

Hay demasiados ministros auto proclamados, congregaciones abiertas sin autorización, instituciones que perversamente procurar regular las acciones del Espíritu, ministros que utilizan la unción para beneficio personal, estrellas evangélicas y falsas manifestaciones de poder. Hay sistemas de trabajo que Dios nunca estableció, copiados e implementados a cualquier costo, en pos de conseguir resultados.

Tenemos desde el legalismo religioso más perverso, al libertinaje más osado que haya existido jamás en la Iglesia del Señor. Nuevas doctrinas, extraños mensajes, grandes contradicciones y un exagerado afán por encontrar explicaciones conspirativas sin fundamento bíblico. Tenemos tal variedad de desacuerdos, aparentemente irreconciliables, que hace falta un punto final.

Salomón dijo que todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora (**Eclesiastés 3:1**), y yo creo que es hora de humillarnos ante el Señor, y pedir perdón por todas las imprudencias que hemos cometido, determinando sobre Su Iglesia, como si fuera nuestra. Creo que debemos humillarnos reconociendo que no hemos

podido más, que causar grandes daños con nuestras vanas actitudes.

La pregunta es: ¿Encontrará el Señor, la humildad necesaria para estos cambios? ¿Seremos capaces de devolverle la Iglesia renunciando a todo interés personal? ¿Puede ser este nuestro tiempo de entrega voluntaria, o debemos esperar un quebrantamiento divino? Este libro, tal vez como resultado de los que usamos las herramientas que tenemos, es un llamado a la entrega voluntaria.

Estoy convencido que la gran mayoría trabaja en el Reino, cargado de buenas intenciones, pero también creo que estas ya no cuentan. Tal vez, eso pudo ser para el primer siglo de la Iglesia, o incluso para la gran reforma del mil quinientos, pero no para la Iglesia actual. Hoy se han corrido los velos y no tenemos excusa. Después de más de dos mil años, se supone que hemos alcanzado un entendimiento mayor, al que tuvieron los que abrazaron los primeros rudimentos de la fe.

Una cosa es que alguien falle por ignorancia, y otra mucho peor, es que alguien falle por orgullo. En el primer siglo, la Iglesia ni siquiera tenía el Nuevo Testamento tal como lo tenemos nosotros. No había publicaciones impresas, no había diccionarios bíblicos, concordancias, comentarios y libros que pudieran ayudarlos a la expansión

del entendimiento. No había tantos eruditos en la Palabra, ni cursos, ni escuelas, ni universidades teológicas como tenemos hoy.

En el primer siglo, los gentiles que se convertían, no tenían ni idea de los escritos de la Torá, ni de los escritos proféticos, ni poéticos, ni absolutamente nada de las tradiciones judías. Por su parte, los judíos que se convertían, sí tenían conocimiento, pero les llevó algunos años asimilar y comprender sin estructuras, el diseño tan inesperado que recibieron de Cristo.

Hoy tenemos un panorama mucho más claro de todo lo acontecido. La historia y los detalles son bien conocidos, incluso la Biblia, hoy la tenemos en todo tipo de impresión. Diferentes editoriales, diseños, traducciones, o incluso versiones digitales, a través de las cuales podemos leerla desde nuestro móvil o en una computadora. La tenemos en audio, en video o como se nos pueda ocurrir que sea más cómoda. Sin embargo también, parecemos más confundidos.

Tenemos miles de expositores, conferencistas, predicadores y maestros, que podemos escuchar o ver a través de internet, sentados en el living de nuestra casa, o viajando en un avión. Tenemos miles de libros sobre cada

tema importante, y acceso a todo tipo de información necesaria. Aun así, todo pareciera ir en franco retroceso.

Con toda carencia, los cristianos del primer siglo, fueron torturados y asesinados por la fe y nada pudo apagarles la llama de la revelación que ardía en sus corazones. Hoy, después de algo más de dos mil años, muchísimos hermanos, han perdido el entusiasmo y el compromiso espiritual. Hay demasiada tibieza y críticas a la Iglesia, que pretenden justificar una incipiente anarquía espiritual.

Creo que no podemos ignorar esta terrible realidad, porque según los tiempos, hoy tendríamos que estar mejor que nunca y estamos peor. Algunos añoran recuperar algo de lo que fue la Iglesia del primer siglo, dejando en evidencia la triste condición actual. Nada en esta tierra debería ser peor que algo que fue funcional hace dos mil años atrás. Eso no tiene lógica.

En este libro, pretendo analizar esta situación sin reservas. No he tenido presiones ministeriales o institucionales para escribir lo que he considerado necesario escribir. Pero a la misma vez, he sido muy consciente de escoger cuidadosamente las palabras, para expresar todo desde la gracia del Señor y bajo la dirección del Espíritu Santo. Sería inaceptable, en un libro como este, exhortar a

las autoridades de la Iglesia guiado por mis impulsos, tal como si tuviera derecho de hacerlo por causa de mi trayectoria.

Soy muy consciente de mi posición y mis limitaciones, pero siento un fuego en mis huesos que no puedo retener. He experimentado infinidad de veces, grandes críticas por dejarme llevar por ese fuego, más allá de supuestos códigos ministeriales. Pero debo reconocer, que a esta altura de mi vida eso me importa muy poco. Estoy seguro, que algunos hermanos leerán cada página dejándose impartir con toda humildad, y muchos aceptarán mis sinceras intenciones. Por otra parte, si estos escritos, provocan diferencias con mis pares, no tengo problemas en asumirlas.

No escribí este libro pensando que Dios ha perdido el control de Su Iglesia, Él es el Todopoderoso, el único y Soberano Dios. Jamás en mi sano juicio, me atrevería a pensar algo así. Cuando digo que debemos devolverle la Iglesia a Dios, no lo hago considerando que Él no puede ordenar todo lo necesario en un abrir y cerrar de ojos. Al contrario, lo hago para que seamos nosotros los que voluntariamente tomemos una sabia decisión, antes de que los mismos tiempos, hagan necesario que el Señor diga basta, y actúe removiendo violentamente todo lo que debe ser removido.

Por último: Cada vez que escribo un libro, lo subo gratuitamente a mí página personal, sin indagar cuantas personas los bajaron para poder leerlo, ese nunca es mi problema, de eso se ocupa el Señor. Yo estoy persuadido que mis libros llegarán a quienes tengan que llegar y serán leídos por quienes tengan que ser leídos. Por tanto, si justamente éste, es el que está en sus manos, no desprecie el contenido de sus páginas, porque tal vez, Dios lo ha puesto ahí con un propósito muy especial.

De ser así, propongo que este libro sea leído con una sana meditación, y bajo la luz del Espíritu Santo. Solo Él nos puede mostrar la verdad, ante cualquier error que estemos cometiendo en nuestra vida personal, o en nuestro ministerio, si es que estamos ejerciendo un servicio determinado.

No levantemos rápidamente fortalezas mentales capaces de fundamentar nuestras acciones. No expliquemos nada ante el Señor, ni tratemos de justificar nuestras decisiones, dejemos que Su luz y Su verdad nos guíen a Su perfecta voluntad en todo.

“Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán...”

Salmo 43:3

Capítulo uno

LA VOLUNTAD DEL SEÑOR

“Pero las iniquidades de ustedes han hecho separación entre ustedes y su Dios, Y los pecados le han hecho esconder Su rostro para no escucharlos.”

Isaías 59:2 (NBLH)

Desde el principio mismo de la creación, los hombres han buscado independizarse del gobierno divino. Esto, por cierto es muy lamentable, porque la voluntad de Dios, siempre ha sido buena, agradable y perfecta (**Romanos 12:2**). Aun así, los seres humanos sistemáticamente se han rebelado contra ella. De eso se trata el pecado.

En la Biblia, el pecado es descrito como la trasgresión a la voluntad de Dios (**1 Juan 3:4**), es manifestado por cualquier expresión de rebelión contra las directiva que Él, como Soberano ha establecido. No hay forma de implementar sus diseños, sin directivas claras de

Su voluntad. La transgresión de las mismas, da como resultado el pecado.

El pecado tuvo su origen con Lucifer, quién fue el más hermoso y poderoso de los querubines. Sin embargo, no conforme con todo su esplendor, deseó ser semejante al Dios altísimo, y esa fue su caída y el inicio de todo mal **(Isaías 14:12 al 15)**. Desde entonces fue denominado como Satanás, nombre de origen hebreo, que significa acusador o adversario. Él fue quién provocó el pecado en la raza humana en el Jardín del Edén, donde tentó a Adán y Eva, influenciándolos con la misma idea que albergó en su frustrado corazón. La idea de ser semejantes a Dios **(Génesis 3:5)**, lo cual es muy absurdo, porque habían sido creados como seres semejantes a Dios **(Génesis 1:26)** ¿Qué más semejantes quisieron ser? Lamentablemente el pecado produjo todo lo contrario y los alejó completamente de esa pretenciosa intención.

Recuerdo un reportaje periodístico realizado a una mujer, totalmente desfigurada por causa de un exceso cometido con cirugías estéticas. El entrevistador le preguntó a esta desdichada mujer ¿Cuál había sido el motivo por el que había determinado someterse a tantas operaciones? Ella le contestó, que todo comenzó al pretender lucir, semejante a la popular actriz llamada Marilyn Monroe. En las fotos previas a las incontables

cirugías, era una hermosa mujer, pero al pretender vanidosamente una absurda semejanza, había quedado totalmente desfigurada.

Sin dudas, la situación, terminó siendo una fatal intención para esta mujer, que era hermosa, pero queriendo ser mejor, terminó siendo mucho peor. El orgullo y la ambición siempre han desencadenado terribles consecuencias para toda la humanidad, y los cristianos no estamos exentos de estas cosas, por lo cual, debemos tener mucho cuidado, de no volvernos ambiciosos en cuestión de resultados.

El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, es lamentable que no conforme con eso, procuró ser su propio dios, porque al final, quedó en una irremediable condición de corruptibilidad y muerte. Desde entonces podemos comprobar por la historia, que los seres humanos sin Dios, pueden llegar a tornarse absolutamente perversos.

La rebelión que Satanás propuso en el Edén, tenía sus bases en desobedecer la orden directa, que Dios les había dado de no comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Adán y Eva, pensaron que sus ojos se abrirían, pero al final, solo quedaron cautivos de las tinieblas. A partir de ese momento, el pecado ha pasado a través de todas las generaciones de la raza humana, y nosotros como

descendientes de Adán, hemos heredado esa naturaleza pecaminosa.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”

Romanos 5:12

A través de Adán, la heredada inclinación al pecado entró en la raza humana y todos los seres humanos nos volvimos pecadores por naturaleza. Cuando Adán pecó, su naturaleza interior fue transformada por su pecado de rebelión, acarreándole la muerte espiritual y la depravación total, condición que todos terminamos heredando.

Los seres humanos, no somos pecadores porque pecamos, por el contrario, pecamos porque somos pecadores. Esta es la condición conocida como la herencia de pecado, o la naturaleza de pecado. Así como heredamos características físicas de nuestros padres, así también heredamos nuestra naturaleza pecaminosa de Adán **(Romanos 3:23)**.

Antes que fuera dada la Ley de Moisés, el pecado no era imputado a los hombres. Sin embargo, los hombres ya eran pecadores por causa de esa herencia. Después que la Ley fue dada, los pecados cometidos en violación a la Ley,

sí fueron imputados (**Romanos 5:13**), pero aún antes de este hecho, la paga por el pecado, que es la muerte misma, ya reinaba sobre la humanidad (**Romanos 5:14**).

Todos los seres humanos, desde Adán hasta Moisés, estuvieron sujetos a muerte, no por sus acciones pecaminosas contra la Ley Mosaica, la cual todavía no existía, sino por su propia y heredada naturaleza pecaminosa. Después de Moisés, los humanos estuvieron sujetos a muerte tanto por el pecado heredado de Adán, como por el pecado imputado por violar las leyes de Dios.

Dios utilizó este principio de imputación para beneficio de la raza humana, porque al encerrar todo bajo pecado, pudo cargar sobre Jesucristo, el pecado de todos los hombres, quien voluntariamente pagó con Su propia vida en la cruz del Calvario. Dios lo trató como si Él fuera un pecador, aunque Él nunca lo fue, y lo hizo morir por los pecados de todo el mundo, procurando nuestra redención (**1 Juan 2:2**).

Es importante entender que el pecado le fue imputado a Jesús, aunque Él, no lo heredó de Adán, ya que fue concebido sin pecado. Sin dudas sufrió, el pago por el pecado, pero nunca fue un pecador. Su naturaleza pura y perfecta no fue tocada por el pecado personal. Sin embargo, fue tratado como si hubiera sido culpable de todo, para que

nosotros pudiéramos ser juzgados en Él. Como dice **2 Corintios 5:21**: ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”.***

Este elevadísimo costo, es por el ingobernable deseo humano de hacer las cosas a nuestra manera, y no a la manera de Dios. Ser alcanzados por la gracia, recibir la vida en Cristo, y ser guiados por el Espíritu Santo, es el único antídoto contra el orgullo de gobernarnos solos. Quienes vivimos en Cristo, hemos abdicado al deseo de hacer las cosas a nuestra manera y deseamos hacer la voluntad de Dios. Sin embargo, con la mayoría de los seres humanos, esto nunca ha sido así, por eso el mundo está como está.

***“El Señor vio que era demasiada la maldad del hombre en la tierra, y que siempre estaba pensando en hacer lo malo; y le pesó haber hecho al hombre. Con mucho dolor dijo: Voy a borrar de la tierra al hombre que he creado, y también a todos los animales domésticos, y a los que se arrastran, y a las aves.
¡Me pesa haberlos hecho!”***

Génesis 6:5 al 7 DHH

En este pasaje, el Señor no se estaba lamentando por haber cometido un error. Dios no comete errores. Dios dio a los hombres, la libertad para escoger entre el bien y el mal

(Proverbios 1:29 al 31), y se sintió entristecido en su corazón, al ver cuán lejos había caído la humanidad, en relación a lo que Él había diseñado para ellos al principio. Él es un Dios Santo y el juicio sobre semejante provocación humana era inevitable.

Los seres humanos históricamente y desde aquellos días, siempre hemos procurado decidir sobre nuestros actos, creyendo que tal autonomía podía ser llamada libertad. En realidad nunca comprendimos que libertad, no es hacer lo que los deseos demandan, sino hacer las cosas correctas, y las cosas correctas, solo están dentro de la perfecta voluntad de Dios. Esos deseos de libertad afincados en el orgullo, solo pueden producir la muerte.

Cuando Adán, aún mantenía su corazón sano y sujeto a la autoridad divina, fue empoderado para señorear, sojuzgar y administrar la tierra, porque la obediencia voluntaria le produjo libertad. Sin embargo, a partir de la desobediencia se volvió cautivo de la maldición y perdió esa libertad verdadera. Su hijo Caín, se convirtió en el primer homicida de la humanidad y toda la raza humana entro en una franca descendencia moral, que la terminó llevando a la destrucción.

La rebelión solo produce cautividad y muerte, porque los rebeldes se vuelven despreciables ante Dios. Muchas

veces yo escuché decir en la Iglesia: “Dios aborrece el pecado, pero ama al pecador”. Debo decir, que esa desafortunada frase no está en la Biblia, y lo que es peor aún, es que se le atribuye a Mahatma Gandhi, quién fuera un político, pensador y abogado hinduista, un dirigente del movimiento de independencia de la India contra la opresión británica, que francamente rechazó al cristianismo.

El apóstol Pedro, dijo que si hablamos o enseñamos, debemos hacerlo conforme a las Palabras de Dios (**1 Pedro 4:11**), por tanto no puedo basar mis pensamientos en las palabras de Gandhi, sino en lo que dice la Biblia. Y en **Proverbios 11:20**, dice que *“Abominación son a Jehová los perversos de corazón; Más los perfectos de camino le son agradables”*.

Yo entiendo que algunos pretendan defender a Dios, pero eso es absurdo e innecesario. *“Dios es amor”* (**1 Juan 4:8**), pero si no comprendemos lo aborrecible que es el pecado para Dios, no vamos a dimensionar como corresponde, el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario. El amor de Dios, no está en juego y nunca lo estará, lo que sí está en riesgo, es nuestro sano entendimiento de la verdad.

“Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti. Los insensatos

no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a los que hablan mentira, al hombre sanguinario y engañador abominará Jehová...”

Salmos 5:4 al 6

Éste claro sentimiento, que despierta la rebelión humana en el Señor, no significa que Su amor sea limitado o imperfecto. Dios abomina al pecador, porque Él es un Juez Justo, y no puede ser de otra manera. Dios es Santo y justo, por lo tanto, abomina al pecador. Dios no destruyó acciones con el diluvio, sino personas. Él no condenó eternamente a las acciones pecaminosas, sino a los pecadores que no se arrepienten de su maldad. Esto no se trata de crueldad, sino de plena justicia.

La ira de Dios no se manifiesta sobre el pecado, sino sobre aquellos que los generan. Entiendo que algunos conceptos ya deben estar dando vuelta en la cabeza de todo lector, pero ya llegaré ahí. Es necesario para mí, fundamentar las bases de esta enseñanza, tomando lo que la Palabra dice claramente. Es muy curioso este fenómeno, pero lo que tratan de suavizar algunos maestros, Dios lo expresa sin suavizante alguno.

“Dios es juez justo, Y Dios está airado contra el impío todos los días.”

Salmos 7:11

Lo que debemos comprender, más allá de nuestras muchas limitaciones, es que Dios puede estar airado, puede aborrecer, abominar o destruir y aun así, permanecer en absoluta Luz, en perfecto amor y sin injusticia o contradicción alguna. Las reacciones de un Dios Santo y justo, en contra de hombres creados por Él mismo, no contienen ninguna injusticia.

“Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.”

Efesios 5:6

La justicia de Dios es implacable, por eso Jesucristo fue crucificado. Si Dios fuera universal y moralista, podría haber dicho que no era necesario. Si al final Él es Dios, podría haber olvidado el pecado y listo, pero eso no sería justo. Si un juez juzgara a un asesino y le quitara la condena por simples sentimientos, no solo sería un juez injusto, sino corrupto.

La verdad de los dichos divinos, son irrevocables. Cuando el Señor le dijo a Adán del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás (**Génesis 2:17**), es porque no había otra opción. El mismo Dios que dijo: ***“Sea la luz; y fue la luz...”*** (**Génesis 1:3**), es el mismo Dios que si dice

ciertamente morirás, es porque tal cosa ocurrirá y punto. No puede ser de otra manera.

Si tratamos de comprender la justicia de Dios, miremos la cruz. En esa cruz, no estuvo Jesús por Su pecado, Él no cometió ninguno, Él estuvo en nuestro lugar y eso fue suficiente para que el Padre no lo evitara. En esa cruz estuvimos nosotros, representados por Él. Eso es lo que justamente merecíamos por nuestras rebeliones. Es ahí donde está el mensaje que debemos comprender.

Se nos tiene que revelar el Juez implacable y las consecuencias de una naturaleza maldita. Debemos aprender a conocer, a un Dios tan amoroso como si no tuviera ira, y tan airado como si no fuera amoroso. El Dios de la Biblia mata y no pide perdón. Ama y no pide permiso. Un día veremos todo tal cual es y entonces comprenderemos. Él es el Soberano y el Creador de todo, no hay ninguna tiniebla ni injusticia en Él. De esta misma manera juzgara a las naciones de la tierra, y se nos debe revelar lo horrendo que será eso para los pecadores.

En la época de los patriarcas, el Señor derramó Su gracia sobre algunos afortunados personajes como Noé, Abraham, Isaac, Jacob y José. Igualmente y ante cada error de estos, sufrían duras consecuencias. Eso era inevitable,

porque siempre hubo gracia, pero sin Cristo nunca hubo plenitud.

Entraron en Egipto a través de José, siendo simplemente una familia y salieron después de cuatrocientos treinta años, como una gran nación. El Señor uso la vida de Moisés y la vida de Josué para llevarlos por el desierto y meterlos en la tierra prometida. Sin embargo, vemos que ante cada rebelión, la ira de Dios, desataba juicio sobre los pecadores.

Murieron por hacer un becerro de oro, por rebelarse contra el liderazgo, por entrar al tabernáculo con fuego extraño, por la codicia de comer carne como lo hacían en Egipto, y por murmurar reiteradamente contra el diseño de Dios, de llevarlos por el desierto. En definitiva, veamos que faraón los oprimió con el látigo durante cientos de años, y aunque Dios los hizo libres diciéndoles la verdad, no comprendieron esa libertad verdadera.

El látigo de faraón los sometió a cautividad, pero la libertad de Dios los expuso a la muerte. Esto no debe ser ignorado por nosotros, porque faraón fue un gobernante corrupto, pero Dios es un Juez Justo e implacable. Diluir esta verdad para que nadie se ofenda, no solo es absurdo, es un intento carente de sabiduría espiritual.

Israel como nación, ha sido la más favorecida del planeta y la más privilegiada, en toda la historia de la humanidad, porque es la única nación creada por Dios, bendecida por Dios y que fue directamente gobernada por Dios. Tuvieron jueces y pidieron reyes, pero Dios siempre estuvo sobre la nación de Israel. Increíblemente, también ha sido una de las naciones que más ataques y aflicciones ha sufrido.

La gran pregunta sería ¿Por qué? Bueno, que Dios ignore a una nación y esta se encuentre bajo la influencia del maligno, no evitará que pueda convertirse en potencia, como lo fue Egipto, como lo fue Babilonia, o Persia, o Grecia, o Roma, aunque el único destino para ellas termine siendo el juicio y la perdición. Ahora bien, que Dios en Su Soberana gracia escoja a una nación para que sea Su especial tesoro, también la expone a la responsabilidad, porque deberá enfrentarse a la irremediable presión de la Justicia divina, si no termina obedeciendo perfectamente Su voluntad.

El pecado nunca fue pasado por alto por el Señor, si así hubiese sido ¿Dónde estaría Su justicia? Eso puede parecer duro, pero es la seguridad de que no hay injusticia en Él. Israel, como el hermano mayor a través del cual, el Padre nos demuestra lo implacable de Su justicia, es un gran ejemplo para nosotros, y debemos valorar eso.

Cuando Cristo encarnó en Jesús, el Padre dijo una y otra vez ***“Este es mi Hijo amado...”*** Esto es clave para nosotros, porque es la primera vez que el Señor puede expresar el amor sin barreras a un hombre sin pecado, que solo procuraba hacer Su voluntad.

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.”

Juan 15:8 al 11

Amados, se nos debe revelar, que nuestra vida de pecado, nos llevó a juicio ante el Juez Justo. ***“Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado”*** (Romanos 6:6 y 7).

Lo extraordinario de este juicio, es que Jesucristo murió, pero la muerte no lo pudo retener, por lo cual resucitó al tercer día, y nosotros resucitamos en Él, para

tener una vida nueva (**Romanos 6:4**). Ahora, en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), y en Él somos hijos amados por el Padre, porque ya no somos pecadores sino santos reconciliados y justificados por la Sangre preciosa de Jesucristo.

Es cierto que la vieja naturaleza de pecado, todavía procura manifestarse a través de los deseos engañosos de la carne y por las emociones, sentimientos y sentidos afectados por las influencias de este mundo, pero ante Dios, somos vistos en Cristo, somos santos, estamos perdonados, justificados y redimidos para tener una verdadera comunión con Dios.

Podemos vernos como simples mortales y encontraremos la horrenda condición del pecado, o podemos vernos por la fe en Cristo, en Su persona, en Su justicia, en Su cuerpo, en Su santidad, en Su condición eterna, en Su autoridad y hallarnos en Él cada día, para vivir en la plenitud que nosotros, por nuestra propia justicia jamás podríamos haber alcanzado.

Es absurdo que después de recibir esto por la gracia, haya quién procure obras para ser justos ante el Padre. Debemos comprender que la única justicia ante el Gran Juez, es en el Hijo y bajo la cobertura de Su gracia. Solo en Él podemos ser eternamente amados por el Padre.

Si Dios aborrece al pecador ¿Por qué Jesús enseñó el amor al prójimo, el amor a los enemigos y fue llamado amigo de pecadores? Bueno, porque era perfectamente Dios y perfectamente hombre, Él vino como mediador entre Juez Justo y los pecadores. Él vino para abrirnos un camino de Justicia por eso nos llevó de la ira al amor, a través de Su justicia y en Su gracia, viviendo en ella. Jesús dijo a sus discípulos momentos previos a la crucifixión:

“En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”.

Juan 14:20 y 21

Estar en el amor del Padre y gozarnos en Él, ha sido el resultado de una dura lección. No debemos ignorar el alto costo del pecado, en el juicio de cada acto de imprudente rebelión humana, como en esa cruz del Calvario. No debemos actuar como si Dios, simplemente nos perdonara todo por amor. La verdad es que nos perdona, porque nos llevó a juicio, nos halló culpables, nos mató en Cristo y nos resucitó en Él para una vida santa.

Su diseño puede parecer complejo para algunos, pero es glorioso y no debemos diluir su intensidad. Dios es amor,

de eso no cabe la menor duda, pero nunca ha dejado de ser el Dios Santo, el Juez Justo e implacable que nos juzgó en Cristo y que por el mismo Cristo, derramará Su ira sobre la tierra y juzgará a las naciones que sistemáticamente han rechazado de plano Su Gracia y Su amor.

“...Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”

2 Tesalonicenses 1:7 al 10

¿Cuál es el motivo por el que desarrollé en este capítulo el tema del pecado y la justicia de Dios? Bueno, es porque necesito sentar las bases que nos permitan entender cuan implacable es Dios ante todo acto de rebelión humana.

Esto es necesario porque vivir en este maravilloso Pacto de Gracia en el cual vivimos, ha generado en muchos, la actitud de naturalizar lo glorioso y solemne del Pacto. Esto no ha sido gratis. Que nosotros recibamos perdón y redención por Gracia, no implica que haya sido gratis para

el Señor. Veamos la cruz de una vez por todas, y evaluemos la Gracia correctamente.

Hoy en día, todo puede resultarnos sencillo y amoroso, pero no siempre ha sido así. El principio del temor como portal de la sabiduría divina, no debe cambiar. Muchos hermanos creen que Dios es amor y que por tal motivo, acepta y comprende todo, pero se están equivocando. Él es el mismo Dios que las Escrituras muestran desde el principio. Vivir en Cristo, no es vivir como se nos da la gana.

La irreverencia de un liderazgo que procura hacer las cosas a su manera, y la irreverencia de algunos hermanos, que pretenden vivir conforme a sus planes y no conforme al propósito divino, no están siendo juzgadas, porque todos estamos bajo la cobertura de la Gracia, pero eso no significa que no serán juzgadas en el Tribunal de Cristo.

“Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo”.

2 Corintios 5:10 NVI

El hecho de que hoy, podamos actuar irreverentemente y no sufrir consecuencias adversas, no

significa aprobación eterna. Simplemente estamos viviendo en la Gracia, pero esa Gracia tan extremadamente costosa para el Señor, no es licencia para pecar, sino que debe ser honrada por todos, procurando vivir con humildad y sujeción a sus diseños.

Creo que estamos viviendo tiempos peligrosos. El humanismo en su definición técnica, es una corriente intelectual y cultural que rompe con la idea teológica de que Dios es el centro del universo, pasando a serlo el ser humano y sus cualidades y valores. Esto está permeando la Iglesia de hoy y debemos rechazar de plano todas sus tendencias.

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Romanos 6:1 al 4



Capítulo dos

LOS DISEÑOS DEL SEÑOR

“...Sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella.”

Mateo 16:18(BAD)

Cuando el Señor juzgó a los seres humanos a través del diluvio, Su gracia fue sobre el patriarca Noé. Un hombre de fe, que construyó el arca, siguiendo al pie de la letra, todos los detalles exigidos por el Señor (**Génesis 6:13 al 18**).

Es mi intención que analicemos, lo trascendente de este detalle. Primero porque el juicio que el Señor había determinado, sería por medio de un fenómeno que nadie había visto jamás (**Hebreos 11:7**), ya que antes del diluvio, nunca había llovido, sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la superficie terrestre (**Génesis 2:6**).

El arca fue una edificación que se hizo en lugares secos, para que llegado el momento pudiera funcionar efectivamente en el agua. No había nada parecido, ni nadie había construido algo así jamás. En esa época el arca fue como un avanzado diseño de ingeniería. Incluso hoy en día, con toda la tecnología que tenemos disponible, construir algo así, y que sea funcional sería todo un desafío. De hecho, hay una réplica del arca en Dordrecht, ciudad ubicada en los Países Bajos, y se requirió una inversión de más de un millón y medio de dólares y más de veinte años con el trabajo de cientos de personas. Con todo eso, el arca está sobre suelo firme y nadie sabe si sería capaz de enfrentar un temporal en el medio de un océano.

El juicio se produjo como Dios determinó y el medio de salvación fue Su exclusivo diseño. Si Noé, en lugar de edificar un arca hubiese edificado un camión, jamás se hubiese salvado. Si la hubiera edificado con otros materiales, tal vez no habría flotado. No sé por qué extraño motivo hoy en día muchos se empeñan en implementar en la Iglesia diseños que Dios jamás estableció.

Sin dudas estamos en los tiempos finales, y un juicio se avecina sobre toda la tierra, si no estamos preparados para la tormenta de oscuridad que se viene, la podemos llegar a pasar muy mal. La Iglesia es del Señor y debemos

trabajar en ella, conforme a los diseños de Reino que Él ha determinado y nada más.

El Señor dijo que Él mismo edificaría Su Iglesia (**Mateo 16:18**), y lo hace a través de la dirección de Su Espíritu Santo y la revelación de Su Palabra. Por ejemplo, dice que Él utilizará cinco dones de ascensión, para los cuales, Él mismo llama y determina quienes serán los que le servirán. El apóstol Pablo escribió:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo...”

Efesios 4:11 y 12

No comprendo que aquellos que dicen defender la Palabra con tanto afán, no reconozcan y respeten lo escrito con tanta claridad. Instituciones completas desconocen al ministerio apostólico y profético de hoy en día. Aun así, y aunque no está en la Biblia, reconocen a supervisores, comisionados, regentes, reverendos, capellanes, pastores auxiliares, o presidentes y todo tipo de cargos, que según las diferentes denominaciones han sido establecidos.

La Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo mismo, la piedra angular (**Efesios 2:20**), los apóstoles y los profetas de hoy, no tienen la misión, ni pueden bajo ningún punto de vista, poner nuevos fundamentos en la Iglesia. Ese pensamiento genera confusión en quienes se oponen al reconocimiento de esos ministerios hoy en día.

Un fundamento es la base, el cimiento, el principio o el origen sobre el que se asienta una cosa. No existe la posibilidad de poner un fundamento sobre un edificio espiritual, que ya tiene más de dos mil años. Los apóstoles de hoy, solo tienen la tarea de interpretar claramente los fundamentos del primer siglo, para implementarlos correctamente en esta generación. No están para establecer nuevos fundamentos.

Las epístolas del Nuevo Testamento, no son pastorales como algunos pretenden, en realidad son cartas apostólicas, porque fueron escritas por apóstoles, por lo tanto, lo mejor que nos puede pasar, es que sean reveladas por la luz del Espíritu Santo, bajo una mentalidad apostólica. Eso no es poner nuevos fundamentos, eso es interpretar correctamente los diseños transmitidos por los padres apostólicos del primer siglo.

Cuando los maestros hablamos de reforma hoy en día, no nos estamos refiriendo a simples cambios, ni a la implementación de novedosos sistemas de trabajo. Estamos haciendo referencia a redescubrir los fundamentos apostólicos que no se respetaron en su tiempo, o se perdieron con los años, y es necesario recuperarlos para hacer la voluntad del Señor.

El ministerio apostólico, no tiene nada que ver con un simple cargo eclesiástico, ni con un reconocimiento institucional a un pastor de amplia trayectoria. Eso es un disparate. Lamentablemente debo decir que hoy, hay un montón de hombres y mujeres que se dicen apóstoles y no lo son. Esto es el resultado de que ellos mismos, o sus instituciones, han tratado de darles un cargo de mayor autoridad, pero el apostolado, nada tiene que ver con eso.

Un apóstol, tampoco es alguien que abrió muchas congregaciones o que tiene varias obras a su cargo. Es muy probable que eso ocurra, pero no es esa la regla por la cual se levanta un apóstol, sino a través de un llamado soberano de Dios, y se evidenciará por una mentalidad abierta y de Reino. Un apóstol nunca está pensando como un pastor, su mirada va mucho más allá de la congregación, él tiene un panorama global.

En tal caso, alguien puede tener varias congregaciones bajo su autoridad y aun así, no ser un apóstol. Tal vez, ni siquiera tengan una mentalidad apostólica y profética. De hecho, conozco algunos pastores en autoridad sobre varias congregaciones y son absolutamente religiosos, legalistas y estructurados en su manera de pensar. Lo cual violenta de manera directa la expansión del Reino. Estos, no importa cuánto hagan, si no tienen un llamado, jamás serán apóstoles, por más que sus instituciones pretendan distinguirlos.

La Iglesia es del Señor, y considero tan malo, no reconocer a los apóstoles o los profetas de hoy, como nombrar a quienes en realidad no lo son. Algunos dicen ser reconocidos por la gente, pero eso también es anti-bíblico. Los apóstoles no son nombrados por la gente, sino por Dios. Por lo general, la gente no comprende lo que es un apóstol, por lo tanto, si le dicen apóstol a su pastor, es por una cuestión afectiva o simplemente porque pretenden honrarlo, pero eso no significa nada.

Algunos han llegado a juntar firmas, para demostrar a las autoridades de su denominación, que la gente los reconoce, buscando de esa manera ser oficialmente nombrados en el cargo, pero eso es absolutamente erróneo. La Iglesia es del Señor y solo Él es el que tiene autoridad y poder para determinar quiénes deben obedecer Su llamado.

Estoy convencido que las instituciones de hoy, difícilmente aceptarían como apóstoles a quienes eligió Jesús. Un pescador como Pedro, un cobrador de impuestos como Mateo, o un asesino como Saulo, no serían aceptables para un cargo ministerial. A menos que puedan dar buen testimonio durante varios años y terminar los seminarios y cursos teológicos de la denominación.

Cuando Jesús llamó apóstoles a sus doce, todavía no existía la Iglesia y ni siquiera habían sido redimidos. Sin embargo, el llamado y el propósito ya estaban ahí. Saulo también, tiempo después de su conversión, comprendió que su llamado, no había sido el resultado de un suceso camino a Damasco, sino que desde el vientre de su madre, el llamado y el propósito ya habían sido determinados por el Señor (**Gálatas 1:15**).

Cuando el Señor llama y determina, nadie debería oponerse. Y cuando el Señor no llama, ni determina, nadie debería auto postularse. La Iglesia debería tener presbiterios proféticos que a través de una genuina comunión espiritual con el Señor, escuchen claramente la dirección del Espíritu Santo, para respetar un llamamiento o negar un ministerio a quién el Señor no llamó por Su gracia. Y por otra parte, nadie debería auto nombrarse, sin esa aprobación.

Claro que buscando ese diseño, hay denominaciones que tienen su presbiterio, pero lamentablemente no son proféticos, ni tienen temor de Dios. Apenas si están constituidos por hombrecitos que creen tener autoridad para determinar en Nombre de Dios, lo que a ellos se les ocurre. Solo se basan en sus limitadas ideas, ya que juzgan por lo que ven, no por lo que reciben de Dios.

Son los que nunca escucharían un mensaje de un desalineado como Juan el Bautista, ni considerarían un verdadero milagro el transformar agua en vino, porque sería pecaminoso. Son los que no bautizarían al eunuco al que le predicó Felipe, sin hacerle un curso bautismal. Son los que no levantarían como diacono a un hombre con el historial de David, ni aceptarían el llamado de un Saulo de Tarso.

La verdad es que no tenemos verdaderos presbiterios proféticos, sino juntas de ancianos que en algunos casos, no pueden ver ni la punta de sus pies. No tienen una profunda comunión con el Señor y están afincados en perversas fortalezas de legalismo y religiosidad. Nunca la dirección de la Iglesia debería estar en manos de los perversos que se oponen al gobierno del Espíritu Santo.

Hay muchos que se llenan la boca de versículos y dicen vivir el Reino, pero la verdad, es que solo practican una religión. Son complicados, contenciosos, críticos y

viven sin paz, porque siempre creen tener la razón, pero no operan con la verdad. No comprenden la unidad, ni la diversidad en la Iglesia, ellos creen ser en exclusiva los únicos encaminados en lo correcto, y todos los demás son del diablo.

Estos son los que descalifican lo que no comprenden y no son capaces de consultar a Dios. Descartan, desechan y rechazan todo lo que no entienden. Son los que evitan la unidad en los consejos pastorales de las ciudades. Ellos creen hacer todo para el Señor, pero en realidad no permiten que el Señor haga todo lo que Él desea.

Los religiosos en la época de Jesús, no tuvieron la capacidad ni el discernimiento para escuchar una breve reflexión que hizo en la sinagoga, ya que después de escuchar apenas un par de minutos de Su lectura, lo llevaron entre varios a la cima de un monte, para tratar de asesinarlo arrojándolo al vacío (**Lucas 4:29**). Son perversos que hoy no matan gente, pero se oponen a todo lo que no entienden, sin evaluar y mucho menos aprender algo diferente.

De la misma manera en que veo la perversa estructura de los religiosos, también veo la imprudente liviandad de los que se creen súper espirituales, atribuyendo al Espíritu de Dios, todo lo que se les cruza por la cabeza. Dicen no

querer apagar al Espíritu, dicen no desobedecer al Señor, pero sin embargo, solo están escuchándose a sí mismos.

Dios no habla tanto como algunos pretenden. Continuamente están repitiendo “Dios me dijo”, “Dios me habló”, “Dios me hizo sentir”, “Dios me guio a esto...”, etc. Pero en realidad, solo están siendo guiados por sus emociones y los pensamientos propios. Estos pretenden no ser religiosos y vivir Reino, pero al final tampoco obedecen al Señor.

Los extremos nunca son buenos, por eso necesitamos recuperar el equilibrio espiritual. Debemos ser gente de Reino, gobernados por el Espíritu, sin estructuras religiosas y legalistas, pero sin ser místicos o imprudentes con las expresiones del Espíritu. Una espiritualidad sana, se logra con una profunda comunión con el Espíritu Santo y con un sabio temor reverente, para recibir claramente la voluntad del Señor.

Noé no edificó un arca más grande de lo que Dios le dijo, ni más chica de lo que el Señor estableció. No la hizo de piedra o de metal, la hizo de madera y la calafateó con brea por dentro y por fuera como le dijo Dios. No hizo un camión, ni un colectivo de pasajeros, ni un avión, ni un submarino, solo hizo un arca a la manera de Dios y punto.

Los diseños de Dios funcionan. Sin embargo, los hombres siempre estamos como imponiendo nuestras ideas para ayudar a Dios. Él no necesita ser ayudado, sino obedecido y respetado. Los animales que subieron al arca, eran de especies totalmente diferentes. Había pequeños, medianos y grandes, había vegetarianos y carnívoros, algunos se arrastraban, otros caminaban y otros volaban, sin embargo, todos permanecieron y convivieron dentro de un mismo diseño divino.

Se supone que la iglesia no está compuesta de animales. Sin embargo, es lógico que seamos diferentes. La unidad no se produce por las costumbres, el idioma o la comprensión teológica. La unidad es el resultado de la revelación de la gracia y el diseño divino del cuerpo de Cristo. Es ahí donde encontramos una misma mente y un mismo parecer (**1 Corintios 1:10**). La unidad no implica igualdad absoluta, sino comunión revelada, por eso Pablo escribió a la Iglesia de Éfeso:

“Somos un solo cuerpo y tenemos un mismo Espíritu; además, hemos sido llamados a una misma esperanza. Sólo hay un Señor, una fe y un bautismo; y tenemos el mismo Dios y Padre, que está sobre todos nosotros. Él actúa por medio de todos nosotros y está en todos nosotros.”

Efesios 4:4 al 6 NBV

Aquí encontramos fundamentos apostólicos que deben ser recuperados de manera apostólica, porque muchos pastores saben unir hermanos, pero no congregaciones. Algunos pastores saben hablar de unidad a los hermanos de su redil, pero no a los consiervos de la ciudad. Por eso suelen ver a los demás pastores como rivales competentes y hablan de los nuestros y de los suyos.

Según el escrito de Pablo, la unidad revelada se produce de Dios a los hombres y no al revés. No estamos unidos por estar juntos en un salón, ni por hacer un evento multitudinario, sino cuando comprendemos que tenemos un mismo Padre, un solo cuerpo, un mismo Espíritu, todos llamados a una misma esperanza, con un solo Señor, una misma fe, un mismo bautismo y el mismo Dios y Padre, que está sobre todos.

Cuando esto se nos revela, no existe la división, ni tiniebla que sea capaz de separar lo que Dios ha unido Soberanamente. Hay quienes dicen: “Me dividieron la Iglesia...” Pero eso es mentira, la Iglesia de Dios no se divide. Se puede ir gente de una congregación, pero nadie puede dividir la Iglesia. Es lamentable que lo que no puede el mismo diablo, lo procuren quienes dicen servir a Dios. Él no nos unió por ser parte de una denominación determinada, sino de un diseño global.

Hay pastores que se creen dueños del consejo pastoral de su ciudad y descalifican a otros, no dejándolos participar. Otros orgullosamente copan la presidencia y no le dan lugar a nadie, porque creen que nadie está más calificados que ellos mismos. Hay quienes participan, pero al hablar, siempre están discutiendo tonterías, poniendo trabas a todo lo que se pretenda. Otros, ya ni siquiera participan, porque están cansados de tantas estupideces. Luego todos, en sus congregaciones predicán unidad, pero entre consiervos no saben practicarla. Eso ocurre porque a todos les resulta fácil ser jefes, pero no tienen la humildad de hacer silencio o reconocer a sus pares.

Más adelante, comentaré lo que me ocurrió a mí, pero esto no lo escribo por despecho. Yo he participado en muchos consejos pastorales y en eventos organizados por los consejos pastorales. Soy amigo de cientos de pastores o al menos nos respetamos afectivamente. No estoy en contra de la autoridad pastoral, sino todo lo contrario, valoro y honro el ministerio. Solo creo que debemos tener un baño de humildad, ser más inclusivos con los pares y más tolerantes con las diferencias conceptuales, practicando la unidad, tal como la demandamos en nuestras congregaciones.

Hoy aseguran que existen más de 30.000 denominaciones protestantes diferentes. Si no se nos

revelan los verdaderos fundamentos de la unidad, jamás expresaremos al mundo la plenitud que debemos tener. Las denominaciones nucleon y controlan a sus pastores, pero si no sos parte del universo que ellos controlan, no existís. Cada denominación cree tener la teología correcta, y eso está bien, el problema es descalificar al resto, como si fueran de otra galaxia. La Iglesia es del Señor y debemos respetar sus diseños y anhelar la unidad por la que Jesús mismo pidió al Padre.

“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Más no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado...”

Juan 17:18 al 23



Capítulo tres

LA SANTIDAD DEL SEÑOR

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”.

Éxodo 19:5 y 6

Cuando Moisés sacó al pueblo de su cautividad en Egipto, lo condujo, por dirección del Señor, hacia el monte Sinaí. Fue entonces que el Señor dijo que si oían Su voz y guardaban el pacto, serían su especial tesoro, dejando en claro que los prefería sobre todos los pueblos de la tierra. Además les dijo que deseaba hacerlos un reino de sacerdotes y gente santa. No dijo un reino con sacerdotes, sino de sacerdotes.

Veamos entonces, que el Señor, no tenía la intención de crear un sacerdocio especial. No deseaba que solo unos pocos, pudieran ejercer ese privilegio, sino que pretendía que todo el pueblo estuviera compuesto por sacerdotes y gente santa, es decir, personas que le obedecieran y que en santidad pudieran acercarse a Él y adorarlo con libertad.

Sinceramente, esto me parece sumamente conmovedor. El plan del Señor era hermoso. Un pueblo completo de sacerdotes, con acceso a Su presencia. Un pueblo de adoradores y gente determinada a caminar en Su perfecta voluntad. Por tal motivo, el Señor los convocó a través de Moisés, para hablarles a todos.

“Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí”.

Éxodo 19:10 y 11

El pueblo estuvo de acuerdo, se santificaron y se presentaron en el monte y entonces, el Señor habló:

“Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentando en

extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante”.

Éxodo 19:18 y 19

Qué extraordinaria escena. Cuesta imaginar, un momento tan impresionante. Esto debió ser el punto de partida, para un pueblo especial y diferente; libre y en plena comunión con el Señor. Hasta ese momento, el Señor solo se había manifestado a Moisés, pero ahora, estaba haciendo una manifestación pública y abierta a todo el pueblo. Si bien, debió poner algunos límites para preservarlos, los convocó a todos. Lamentablemente lo que ocurrió fue todo lo contrario a lo que se podía esperar de un pueblo llamado a ser santo. Reaccionaron como Adán después de haber pecado, se escondieron y no quisieron que Dios les hable.

“Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”.

Éxodo 20:18 y 19

Esta penosa declaración del pueblo, fue un claro rechazo al sacerdocio que el Señor les proponía. Recordemos que los sacerdotes, son los que tienen acceso a

Dios. Sin embargo, ellos rechazaron eso y se mantuvieron lejos. Pidiéndole a Moisés, que se ocupara de esa tarea.

Fue entonces, que el Señor tomó a Aarón, a sus hijos y a toda la tribu de Leví, para formar un grupo de sacerdotes, capaces de acercarse a Él, y juntamente con Moisés, cumplir la tarea de ministrar a Dios e interceder por el pueblo. El Señor es Santo, Santo, Santo y los que podían acercarse a Él, debían hacerlo según Sus demandas, pero lamentablemente no estuvieron dispuestos.

Aarón debió asumir el rol de ser el primero del sacerdocio levítico, mientras que el pueblo, a partir de ese momento, solo se mantendría a distancia y sin acceso alguno a Dios. El Señor dejó de manifestarse públicamente excepto por Su provisión y por la nube que los cubría. Además ordenó la construcción de un tabernáculo a través del cual Él se comunicaría con los hombres, pero solo con los sacerdotes consagrados para tan prestigioso servicio.

Si ahora mismo lee atentamente **Éxodo 29:1 al 37**, será tremendamente sorprendido por tantas demandas de Dios para que Aarón y sus hijos, fueran santificados y consagrados para el ejercicio sacerdotal. De hecho, el Señor les dijo: ***“Haz todo esto con Aarón y sus hijos, de acuerdo con todas mis instrucciones...”*** (Éxodo 29:35).

En el Nuevo Pacto, nosotros somos sacerdotes para el Dios Padre (**Apocalipsis 1:5 y 6**), pero lo somos en la persona de nuestro Señor Jesucristo quién es el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, llamado por Dios para ser, ungido con el Espíritu Santo, por lo que se le llamó el Mesías, el Cristo, quién fue revestido de gloria y de belleza sin igual. Santificado por su propia sangre, perfeccionado y consagrado por medio de sus sufrimientos y perfecta obediencia. Por Él y para alabanza de Su nombre, tenemos este gran privilegio de acercarnos confiadamente al Santísimo Dios.

Creo que hoy, al gozarnos de este privilegio, llegamos a naturalizar lo extraordinario. Dejamos de sorprendernos y perdemos el temor. Banalizamos el derecho recibido y creemos que los protocolos no son necesarios, al punto de desestimar todo cuidado y respeto.

En esa época del sacerdocio Aarónico y a pesar de tanta consagración, los cuidados diarios debían ser extremos. De hecho, en una ocasión, los hijos de Aarón, Nadab y Abiú se presentaron ante el Señor con fuego extraño que Él nunca les había mandado, entonces salió fuego de la presencia de Dios y ambos murieron (**Levítico 10:1 y 2**).

El pecado de parte de estos dos jóvenes sacerdotes no fue un pecado de ignorancia sino de presunción irreverente, porque ellos sabían que no debían hacer eso. No era que simplemente hicieron algo que no tenían idea que fuera a ofender a Dios. El Señor les había dicho enfáticamente que Él estaría ofendido si hacían algo fuera de Sus diseños. En **Éxodo 30:7 al 9**, había dicho: ***“Ve con cuidado; no ofrezcas el tipo de incienso equivocado”***. Así que esto era una violación a una orden directa de Dios.

Yo entiendo que hoy en día, vivimos en la gracia y me gozo de que sea así, porque de lo contrario no podría asegurar si habría muchos sobrevivientes. Nosotros podemos criticar a los judíos, pero sin embargo, creo que ellos llegaron a comprender la honra y la reverencia a Dios, volviéndose muy prudentes. Cualquiera me diría que cometieron muchos errores, pero ¿Acaso podríamos imaginarnos nosotros los gentiles guardando tantas leyes con cuidados tan extremos?

Demos gracias a Jesucristo por el Pacto que vivimos, pero creo que deberíamos preguntarnos si realmente podemos hacer en el servicio a Dios, todo lo que se nos da la gana. Y no me refiero al orden de culto, sino a los nombramientos ministeriales, a las directivas institucionales que impiden las manifestaciones del Espíritu, a las doctrinas de hombres que frenan la

expansión, a las viejas tradiciones que impiden la revelación, al pragmatismo barato, a los sistemas de trabajo ajenos al poder del Espíritu, etc. ¿Será que hoy, el Señor simplemente sonríe amorosamente? Bueno, la verdad es que no me lo puedo, ni tan solo imaginar, sin Cristo mediando por nosotros.

Veamos por ejemplo, la construcción del tabernáculo y los detalles demandados por el Señor:

“...Cuando Moisés iba a construir el santuario, Dios le dijo: Presta atención y hazlo todo según el modelo que te mostré en el monte”

Hebreos 8:5

Vemos una vez más, que Dios siempre fue muy preciso en las instrucciones que dio a Moisés, tanto para los sacerdotes, como para la construcción y diseño del tabernáculo (**Éxodo 25:9**). La Biblia es muy clara, porque nos entrega cada detalle demandado en el diseño, en las medidas, en los materiales y aun en cada color de las telas que se utilizaron. Y sin dudas, nada de eso fue por capricho santo, sino que todo fue sabiamente pensado para envasarnos riquísimas verdades celestiales, tanto para los judíos, como para todos nosotros.

Según las Escrituras nos enseñan, el tabernáculo fue un santuario terrenal inspirado por Dios y ordenado para su construcción, según el diseño que el Señor le mostró a Moisés en el monte Sinaí (**Éxodo 25:40; 25:8 y 9**). Todo fue sombra y figura del verdadero tabernáculo celestial, no hecho por mano humana, ni de esta creación. El glorioso diseño en Cristo, el tabernáculo perfecto y eterno.

Cuando analizamos cada una de las partes del tabernáculo, vemos que todas fueron un tipo de Cristo. Por lo tanto ahora podemos entender el sistema de sacrificios impuesto por Dios para que el pueblo pudiera acercarse a Él. Esto nos da una forma más clara de la expiación de Cristo por los pecados del mundo, y de cómo llevó los pecados del mundo en Él, para hacernos aceptos ante el Dios Padre.

El tabernáculo fue hecho por ofrendas voluntarias del pueblo, es decir, ofrendas de corazón sincero, ya que Dios deseaba corazones bien dispuestos (**Éxodo 25:2**). Lo hizo por medio de personas especialmente escogidas soberanamente, como lo fueron, Bezaleel y Aholiab, los cuales fueron dotados con sabiduría y talentos especiales en la artesanía, para trabajar con oro, plata, bronce, en la elaboración de joyas, el tallar madera y toda clase de trabajos artísticos que se requerían en la elaboración primorosa del tabernáculo (**Éxodo 31:2 al 6**). Junto a ellos

trabajaron todos aquellos a quienes Dios les dio la capacidad y el entendimiento para trabajar en la obra.

El diseño del tabernáculo es verdaderamente extraordinario, por el alto grado de figuras, símbolos y enseñanzas a la espera de ser reveladas en tiempo y forma. Es claro que ningún hombre podría pensar en edificar algo así, que describa tan claramente la futura obra de Cristo, nada menos que casi mil quinientos años antes del nacimiento de Jesús.

Esto debe dejarnos bien en claro, que los diseños de Dios, siempre deben ser respetados al pie de la letra. Él no hace, ni dice nada sin guardar dimensiones que están más allá de nuestro entendimiento. Analicemos que han pasado miles de años, y seguimos descubriendo en sus diseños, misterios escondidos que nos continúan desafiando.

Hebreos 9:23 señala que el tabernáculo fue diseñado de acuerdo a las figuras de las cosas celestiales. Si comprendemos el diseño del tabernáculo, comprenderemos el Evangelio del Reino.

El tabernáculo era el lugar diseñado para la manifestación de Su presencia, funcionaba como un templo o santuario en donde el pueblo de Dios le ofrecía oraciones, sacrificios y alabanzas. Su presencia se movía con su

pueblo por el desierto y era el Señor quien les indicaba el camino a seguir, cuando detenerse y cuando avanzar.

“...En el tabernáculo de reunión, la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba. Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba. Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.”

Éxodo 40:35 al 38

Cuando alguien miraba el tabernáculo lejos, solo veía una tela de lino blanca. Sesenta columnas de madera de acacia revestidas, figura de Jesús como hombre responsable, santo y redentor.

El tabernáculo de Dios contaba con una sola entrada, la cual estaba ubicada frente al altar donde se realizaban los sacrificios. La puerta había sido diseñada con cuatro colores diferentes, figura de Cristo y de los cuatro evangelios. Con lo cual, debemos comprender que no se puede acceder a la presencia de Dios, sino solamente por Jesús.

Esa puerta era llamada el camino, la puerta del lugar santo, era llamada la verdad y el velo que solo podía

atravesar el sumo sacerdote para ingresar al lugar santísimo era llamado la vida. Por eso Jesús dijo: ***“Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie llega al Padre sino por mí...”*** (Juan 14:6).

Además, dijo claramente: ***“Yo soy la puerta del reino de Dios, cualquiera que entre por esta puerta, se salvará, podrá salir y entrar, y siempre encontrará alimento”***. (Juan 10:9 TLA). Al ingresar por esa puerta exterior, lo primero que se veía era el altar donde se sacrificaban animales, como un símbolo inequívoco de la Cruz.

El significado profético de los sacrificios en sí, es el de Jesucristo, el sacrificio perfecto, que se entregó por nosotros. En esa época las personas en estado impuro no podían acercarse a Dios, ni rendirle culto. Para purificarlas era necesario el derramamiento de la sangre de los animales sacrificados. Si está sangre tenía ese poder, cuanto más la de Jesucristo, el sacrificio perfecto y sin mancha de nuestro Señor **(Hebreos 9:13 y 14)**.

La fuente o lavacro del tabernáculo era usado por los sacerdotes para purificar sus manos y sus pies antes de ministrar al Señor. Solo después de esta limpieza purificadora era que los sacerdotes podían entrar al Lugar Santo. El significado profético del lavacro es la fuente de agua viva que es Jesucristo, quien nos hace nacer de nuevo

al recibir Su Espíritu, y nos lava cada día por la Palabra de verdad.

El lavacro era fabricado con los espejos de las mujeres, lo cual nos permite encontrar la figura de la Palabra, que nos muestra exactamente nuestra condición y los cambios que debemos producir en el poder del Señor.

La puerta al lugar santo, tenía cinco columnas de madera revestidas en oro, que representan a los cinco dones de ascensión, establecidos por el Señor para la edificación de la Iglesia (**Efesios 4:11**). Eran de madera, porque los llamados para dicha función somos hombres, pero eran revestidas de oro, porque el llamado implica la cobertura de Su divinidad. Es por eso, tan importante que nadie se establezca solo como una columna, si Dios no lo escogió.

Al entrar al lugar santo, se encontraba la mesa de los panes de la proposición. Esos panes, renovados por los sacerdotes, recibían la denominación de proposición porque simbolizaban la manera en la que el pueblo debía hacerse presente ante la presencia de Dios.

Eran panes sin levadura, símbolo de que el pueblo se presentará ante Dios, íntegro, puro y sin la mezcla de lo leudado en sus vidas. Tenían incienso sobre ellos, de manera que desprendían un olor grato, el incienso

representa las oraciones, las alabanzas y la adoración del pueblo hacia Dios, pero el sabor era amargo, porque así es la santidad, olor fragante para Dios y sabor amargo para nuestra carne (**2 Corintios 2:15**).

Los panes eran renovados cada sábado. Los sacerdotes consumían los que se retiraban, este acto, como figura profética, representaba el gozo de estar en la presencia de Dios, comer de Él y la renovación constante del pueblo de Dios.

Los panes siempre eran doce, representando a las doce tribus de Israel. Para nosotros significa gobierno apostólico, simbolizado también por los doce apóstoles del Señor. Todos los panes estaban sobre una sola mesa, porque eso representa la verdadera unidad que debemos tener en Cristo, quien cumple a la perfección y en su totalidad toda la simbología de los panes en la mesa. Él es el pan verdadero, puro, permanente. El pan que nos alimenta, nos renueva constantemente, nos une en Él y cuyo sacrificio desprendió el mayor y mejor olor grato para Dios (**Juan 6:35**).

En el lugar santo, también se encontraba el candelabro, o la llamada “*menorá*” en lengua hebrea. Esta lámpara tiene el significado de representar la iluminación del mundo. Esta lámpara cuenta con siete brazos o varas,

todas unidas por un tronco central, cuya llama simbólicamente representa la guía de Dios.

Era toda de oro, que representa la divinidad, era labrada a martillo, una de las características de la Palabra. Tenía labrado sesenta y seis frutos, que para nosotros, representan cada uno de los libros de la Biblia. Era alimentada por aceite, que representa la unción del Espíritu y producía fuego, que representa la iluminación y la purificación.

Estos siete pábilos del candelabro pueden significar, los siete Espíritus de Dios, que no es otra cosa que la plenitud del Espíritu Santo (**Apocalipsis 3:1; Isaías 11:2**). Las ramas del conocimiento humano guiados por la sabiduría y el conocimiento de Dios en la luz o llama central.

También pueden significar, los siete días de la creación del mundo iluminados por la luz central, la palabra verdadera de Dios. Las siete iglesias del Asia Menor, mencionadas en el Apocalipsis. Por supuesto, también simboliza a Jesús como la luz del mundo y el hombre perfecto.

En el lugar santo, también se encontraba el altar de oro para el incienso, ubicado frente al velo que separaba al

lugar santísimo del tabernáculo. El sumo sacerdote debía presentar incienso al Señor, que representa las oraciones y la adoración del pueblo. De manera que este altar era una especie de altar de intercesión y adoración a Dios.

En este sentido, el significado profético del altar de oro para el incienso, también es Jesucristo, quién es nuestro único y verdadero intercesor (**1 Timoteo 2:5**).

Luego estaba el velo del tabernáculo, que cumplía la función de separar el Lugar Santo del Lugar Santísimo. Solo el sumo sacerdote tenía la autoridad dada por Dios de pasar al lugar santísimo. Esto ocurría una sola vez por año y no podía presentarse sin sangre. Además lo hacía con mucho temor.

El velo por tanto representaba la separación del pecado del hombre, de la perfecta santidad de Dios. Este velo fue rasgado al Jesucristo consumir el sacrificio perfecto, clavando en la cruz del Calvario el pecado para la salvación del mundo. Cuando Cristo murió en la cruz, el tabernáculo ya no existía, pero se rasgó el velo del templo, como un claro símbolo de lo que estaba ocurriendo en el mundo espiritual (**Mateo 27:50 y 51**).

Gracias a este sacrificio perfecto del cordero de Dios, los que creemos en Jesucristo, los hijos de Dios, pasamos a

ser su pueblo santo y todos somos sacerdotes. Por lo que ya no existe velo de separación, pudiendo habitar en la presencia de Dios y en todo momento orar, alabar o adorar **(1 Pedro 2:9)**.

Atravesando el velo, y en el lugar santísimo, estaba el arca del testimonio, sobre la cual descendía la presencia de Dios. El arca contenía las tablas de la Ley, como figura del Padre como Juez Justo, una vasija de maná, figura de Jesús y la vara de Aarón florecida, símbolo del Espíritu Santo. Representaba el pacto de la alianza del Señor con Su pueblo. Durante los sacrificios el sumo sacerdote rociaba sobre el arca del testimonio la sangre de los animales sacrificados, para la expiación de pecados.

El simbolismo profético es entonces la sangre preciosa de Jesús que limpió todos nuestros pecados en diseño perfecto de la Gracia de Dios **(1 Juan 1:7 al 9)**.

El lugar santísimo estaba plenamente oscuro, y solo era alumbrado por la gloria de Dios. Este lugar representa nuestro espíritu, solo alumbrado por Su presencia, el lugar santo representa nuestra alma, solo alumbrada por la Palabra vivificada y el atrio exterior representa nuestra carne, el contacto con el exterior y el sitio donde había muerte.

El tabernáculo está cargado de símbolos proféticos y no he tenido la intención de enumerarlos todos, porque no deseo perder el objetivo de este capítulo. El cual radica en comprender, la importancia de guardar de manera perfecta los diseños de nuestro Santo Señor.

Él es Santo y temible, siempre lo ha sido. Nosotros podemos vivir en un estado de gracia permanente, pero eso no implica que perdamos la revelación que la Biblia nos muestra claramente. La figura de Jesucristo, su amor, su compasión, su sufrimiento, su sacrificio, nos hacen pensar que no solo pudo cargar con todos nuestros pecados, sino que además, puede aceptar también todas nuestras ideas.

Nosotros no tendríamos ni la mínima chance de estar ante el Padre, si no fuera por Jesucristo y en Jesucristo. En Él podemos vivir confiados, en Él podemos movernos con paz, y en Él podemos ser, pero eso implica justamente, un renunciamiento a nuestra vieja naturaleza, que está viciada y contaminada con vanos razonamientos.

Humildad, no implica ser infalibles. Humildad es la virtud que consiste en el conocimiento de nuestras propias debilidades, para vivir cada día ante Dios, en un estado de carencia y necesidad, que nos lleve a una total dependencia de Su gracia y Su poder. Lo peor que nos puede pasar,

después de haber sido salvados, es creernos algo en nosotros mismos y meternos en Su obra con imprudencia.

Hoy no es el tabernáculo de Moisés, ni el tabernáculo de David, ni el templo de Salomón, ni el templo levantado por Herodes. Hoy la realidad es Cristo y la Iglesia, que es Su cuerpo. No debemos creernos con derechos institucionales para decidir sobre el desarrollo de la vida misma de la Iglesia.

La Iglesia es del Señor y así como los ancianos en el cielo, arrojan sus coronas ante Su trono, nosotros sus ministros, debemos arrojarnos con humildad a Sus pies, para recibir Su gracia y Su dirección, para comprender, cuando, cómo y qué debemos hacer para servirle con la excelencia de la cual, solo Él es digno.

“Cada vez que esos seres vivientes dan gloria y honor y gracias al que está sentado en el trono, al que vive por todos los siglos, los veinticuatro ancianos se arrodillan ante él y le adoran, y arrojando sus coronas delante del trono, dicen: Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas; por tu voluntad existen y han sido creadas”.

Apocalipsis 4:9 al 11 DHH

Capítulo cuatro

EL ÚNICO DIGNO DE ADORACIÓN

“Jesús le dijo: Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más importante y el primero de los mandamientos”.

Mateo 22:37

En la Iglesia de hoy, es necesario comprender los sentimientos y los fundamentos que rigen la verdad eterna. El Dios que ama todo lo que es bueno, puro y santo debe aborrecer todo lo que es malo, contaminado y perverso. Hoy pareciera que algunos procuran ocultar cualquier pensamiento negativo respecto de Dios, pero eso es absurdo, Dios es Luz y no hay nada negativo en Él, aun lo que para los seres humanos sí puede ser negativo o malo.

La Biblia nos dice de muchas cosas que encienden la ira de Dios. A veces nos lo dice claramente como en **Proverbios 6:16**: ***“Hay seis cosas que el Señor***

aborrece...” A veces nos dice cosas que son abominación para Él o cosas abominables ante Sus ojos. A medida que estudiamos la Palabra, podemos llegar tranquilamente a una lista de casi cincuenta cosas que Dios dice aborrecer expresamente.

Una de esas cosas que Dios considera como un pecado absolutamente abominable es la idolatría. En este capítulo deseo analizar esto, porque la dinámica de este libro, procura llevarnos por la senda de comprender, cuan grave es hacer, pensar, sentir, o permitir, cualquier cosa que Dios no habilita en Su Iglesia.

Sé que lo primero que pensamos en la iglesia evangélica es, que a diferencia del catolicismo de Roma, nosotros no somos idólatras, pero eso solo puede decirse ante la consideración de que idolatría solo se produce cuando adoramos a una imagen de yeso, piedra, madera o metal, pero en realidad, idolatría puede producirse de muchas maneras.

Según el Diccionario de la lengua española idolatría es la adoración que se da a los ídolos. Ahora bien, un ídolo es una figura o imagen que representa a un ser al que se adora y se rinde culto como si fuera una divinidad, pero también es una persona o cosa por la que se siente un amor o admiración excesiva.

Veremos de qué manera la idolatría puede permear la Iglesia de hoy, o el corazón de los hermanos, pero primero veamos de qué manera afectó al pueblo de Israel, porque esos hechos y sus consecuencias, nos dejan grandes enseñanzas muy vigentes para nosotros.

La primera vez que se menciona la idolatría en la Biblia es unos casi doscientos años después del diluvio, aunque también se supone que tanto pecado antes del diluvio, pudo contener la idolatría entre los muchos pecados que provocaron la ira de Dios y su juicio por agua.

Luego vemos en **Génesis 11:1 al 9**, lo que ocurrió con la torre de Babel. Esta torre fue edificada por iniciativa humana y utilizando ladrillos en lugar de rocas, lo cual es bastante significativo, porque los ladrillos son hechos con mano humana, pero las rocas, son el resultado de la creación divina, al grado de que la roca es un símbolo de Cristo (**1 Corintios 10:4**).

Dios les dijo en el pacto de Noé que fructificaran, y que se multiplicaran para llenar la tierra (**Génesis 9:1**), sin embargo en Babel, todos se habían asentado colonizando un solo lugar. Veamos que esto ocurre hasta nuestros días, porque los hombres buscan la vida en comunidad, al grado de vivir en muchas ciudades de manera hacinada y mientras hablan de súper población, hay enormes territorios

absolutamente desérticos. Por lo cual, si los hombres se esparcieran por el mundo de manera ordenada, estaríamos muy lejos de hablar de súper población mundial.

¿Cuál fue el pecado más grande de Nimrod, el fundador de Babel? Podríamos decir que fue el orgullo. Es el mismo pecado que causó la caída de Lucifer, es el mismo pecado que Eva y luego Adán cometieron en el huerto de Edén, ya que la serpiente les había dicho que al comer del árbol prohibido llegarían a ser como Dios. Es el mismo pecado de Caín, por el cual, al ver que el altar de su hermano Abel, había sido más agradable a Dios, terminó asesinándolo salvajemente.

Notemos los dichos de quienes determinaron edificar la torre: ***“Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra...”*** (Génesis 11:4). Estos conceptos dejan ver claramente el orgullo, en el propósito de desobedecer a Dios impidiendo que la gente se disperse.

Nimrod pensaba que si construiría la torre muy alta, alcanzaría al cielo, y podría sentarse en el templo en la cima y podría reinar al mundo como Dios (Génesis 10:8). El reino de Nimrod era Babel, el precursor del reino de

Babilonia, es ahí donde comenzó la práctica de la idolatría, el principio de la astrología y la adoración del dios del sol.

Aclaro que estos detalles no están en la Biblia, pero la tradición judía dice que la esposa de Nimrod era Semíramis, quien llegó a fundar los cultos misteriosos de Babilonia. Fue la primera sacerdotisa de la idolatría universal, no solo generando la falsa adoración a su esposo y su hijo, sino sobre sí misma. Los nombres espirituales con los que se la conoció históricamente son Astoret, Diana, Venus, y etc. Incluso es llamada hasta nuestros días como la reina del cielo.

Generalmente su figura, está representada por una mujer, y muchas veces con un niño en brazos, esto es, porque Semíramis dio la luz a un hijo, del que aseguró, fue concebido milagrosamente por un rayo del sol. El hijo, fue llamado Tamuz, y considerado como un salvador de su pueblo. Su nombre significa “el hijo verdadero”.

El mito generado, enseña que Tamuz fue asesinado por una bestia salvaje y fue resucitado milagrosamente. Semíramis dijo que viajó al hades para resucitar a Tamuz en la primavera. Por lo cual estableció la creencia de que Tamuz, era el dios de la vegetación y de la vida nueva.

Los ídolos de Semíramis y Tamuz como una madre con el niño han sido adorados por todo el mundo con varios nombres diferentes, pero la esencia es la misma. Todos los ídolos tenían los halos y la rebosaba del sol como un símbolo de la adoración del sol y la adoración a Semíramis como la reina del cielo.

Cuando las personas fueron dispersadas desde la torre de Babel, estas creencias se esparcieron con agregados y diferencias, pero siguieron tan vigentes como al principio. De hecho, con los años, el profeta Jeremías, condenó la actitud de Israel por la adoración de Semíramis, la reina del cielo (**Jeremías 7:18; Jeremías 44:15 al 30**). El profeta Ezequiel en su tiempo, también habló acerca de los judíos que adoraban a Tamuz (**Ezequiel 8:14 y 15**).

Esa tendencia a la falsa adoración, tan abominable para Dios, continuó esparciéndose por toda la tierra. De hecho, vemos que el Señor, llamó al patriarca Abram (**Génesis 12:1 al 3**), ordenándole salir de la tierra en donde estaba y de la casa de su padre, porque históricamente, Ur de los Caldeos era una tierra absolutamente idólatra. Los historiadores dicen que creían en dioses que controlaban la lluvia, el fuego y el viento. Se les hacían estatuas y se creía que esas estatuas tomaban vida. Incluso la gente ofrecía en sacrificio a sus primogénitos recién nacidos.

El gran mérito de Abram fue que supo separarse de la cultura de su época y logró ver que todo fenómeno natural, todo suceso, todo principio tiene una raíz espiritual eterna. De hecho, por su obediencia, su fe le fue contada por justicia (**Santiago 2:23**), y fue el único a quién Dios se le manifestó en sus tiempos.

Una vez más, permítame compartir algo que no está en la Biblia, y lo aclaro para que nadie haga doctrina de esto. Yo solo lo comparto para sumar detalles y considerar las creencias de la tradición judías, quienes enseñan que el patriarca Abram, luego llamado Abraham por el Señor, siempre se opuso a la idolatría. Ellos dicen que en una ocasión enfrentó a su padre rompiendo los ídolos de su tienda y lanzándolos a las llamas.

La gravedad de la idolatría radica en no reconocer a Dios como la fuerza suprema que mueve al universo. Cuando alguien dice reconocer una fuerza superior de cualquier índole, solo está ofendiendo al único y verdadero Dios. Por otra parte, cuando los hombres procuran esas creencias, lo hacen en la búsqueda de controlar el mundo que lo rodea, actuando como quieren y apelando a fuerzas espirituales que los ayuden a sus planes.

En realidad, la moral y la ética no pueden ser relativas, porque son únicas para el universo entero.

Dependen de una sola fuente, en vez de fuentes diversas, lo cual otorga congruencia y unidad a quienes siguen los principios del Reino. El Dios que reina sobre el universo entero es el único que nos da un fundamento ético, porque es el Dios de todas las cosas.

Otra gran diferencia que debemos observar, es que el único Dios verdadero, nos obliga a un compromiso absoluto con Su verdad. Cuando los hombres procuran varios dioses, alteran sus sistemas morales en base a la conveniencia de cada uno. Fácilmente pueden caer en el error de adorar a las supuestas deidades que consideren, creyendo que les traerán mayor beneficio o cumplirán sus planes, sin afectar sus deseos. En cambio nuestro evangelio del Reino nos obliga a establecer un compromiso y una íntima comunión con Dios y Su Palabra.

Esto fue lo que logró ver y revelar al mundo Abraham y su descendencia, quienes bajo esa fe, afirmaron las bases de la nación de Israel, como el pueblo del único Dios verdadero. Esto fue tan fuerte, que aun cuando estuvieron en un progresivo estado de esclavitud en Egipto, y durante más de cuatrocientos años, no fueron afectados por la cultura totalmente idólatra de los egipcios.

Cuando salieron en libertad por la gestión de Moisés, al primer lugar que fue, luego de cruzar el mar Rojo, fue al

monte Sinaí, donde el Señor les dio las tablas de la Ley. Esto tuvo un impacto directo con la trágica historia del becerro de oro construido a los pies del mismo monte.

El pueblo cometió abominable pecado de idolatría. Sin embargo, ellos no estaban aceptando el politeísmo ni construyeron el becerro como un dios todopoderoso. En realidad, ellos estaban muy preocupados porque su líder Moisés no volvía, y construyeron al becerro de oro, no para que fuera un dios para ellos, sino para que funcionara como un intermediario, tal como lo era Moisés.

El gran defecto que encierran estas trasgresiones es creer que la voluntad de Dios puede ser adecuada a los diseños del hombre. Finalmente, ésta es una de las líneas más firmes que deben separar al cristianismo de otras creencias. Nosotros no inventamos la voluntad de Dios expresada en Su Palabra, sino que simplemente la seguimos, y la honramos a través de la obediencia.

La diferencia entre el evangelio del Reino y la simple idolatría, radica en seguir a Dios de manera exclusiva, modificando, si fuera necesario, todos nuestros comportamientos, limitando nuestros deseos para actuar conforme a la voluntad de Dios, Sin la necesidad que deba ser Dios, quién actúe con la intención de complacer nuestros deseos.

Al hacer el becerro de oro, los judíos estaban diseñando su propia voluntad, la que por supuesto perseguía la idea de complacer sus necesidades. Lo peor, es que a eso, le estaban imprimiendo el supuesto respaldo de Dios. Estaban cayendo en el mismo relativismo moral del cual Abraham había alejado a sus antepasados. En esos actos hay un abandono, una falsedad y un alejamiento absoluto de Dios.

Durante todo el peregrinar por el desierto, el Señor los tuvo en línea. De hecho, por ese becerro, murieron tres mil personas y hubo juicio, cada vez que alguien osaba desobedecer en algo, los lineamientos dados en la Ley. Esto fue así hasta que después de cuarenta años comenzaron la conquista de la tierra a través del liderazgo de Josué. Hecho ante el cual, el Señor les había dado una dura advertencia:

“Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Más si tu corazón se apartare y no oyes, y te dejes extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, yo os protesto hoy que de cierto pereceréis; no prolongaréis

vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para entrar en posesión de ella.”

Deuteronomio 30:15 al 18

Lamentablemente, los israelitas rápidamente y fácilmente cayeron en la idolatría a los dioses de sus enemigos que habitaban la tierra prometida. La idolatría era el pecado más grande de Israel desde el tiempo de Josué a la cautividad en Babilonia.

El libro de Jueces comienza notando que Israel no prosigue la guerra contra la idolatría, fallando en expulsar a todos los cananitas de la tierra. En **Jueces 2:1 al 5**, el Señor pronuncia un juicio sobre el pueblo por su negativa a continuar con la guerra en contra de la idolatría pagana. Dios no sacaría a las naciones paganas que aún quedaban y sus ídolos serían una trampa para Israel. De esta forma, la tentación de seguir a los viejos dioses de Canaán permaneció y los israelitas sucumbieron regularmente a la tentación, sirviendo a los Baales.

“Entonces los Israelitas hicieron lo malo ante los ojos del Señor y sirvieron (adoraron) a los Baales.

Abandonaron al Señor, el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y siguieron a otros dioses de entre los dioses de los pueblos que estaban a su

derredor; se postraron ante ellos y provocaron a ira al Señor. Dejaron al Señor y sirvieron a Baal y a Astarot.”

Jueces 2.11 al 13

Los israelitas pecan al adorar a los Baales y Aserás (**Jueces 3:8**), violando el pacto y provocando la ira del Señor, por lo cual, eran entregados en manos de sus enemigos. Bajo la opresión de estos, los israelitas claman al Señor por liberación, pero Dios no los escuchaba, hasta que no admitían que los únicos culpables eran ellos y sus perversas idolatrías.

Cuando ellos comprendían y reconocían su pecado con arrepentimiento, el Señor les levantaba un líder militar, un juez para librarlos de la opresión del enemigo. Cuando eso ocurría, el pueblo disfrutaba tremendas victorias de liberación y todo marchaba bien por un tiempo, pero cuando el juez moría y los israelitas olvidaban la lección, se deslizaban una vez más en la idolatría y el ciclo de aflicción comenzaba otra vez.

Esta historia se repitió en muchas ocasiones y lo tenemos registrado en el libro de los jueces. El versículo que tristemente se repite dice: ***“los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová...”*** (**Jueces 2:11; 3:7; 3:12; 4:1; 6:1; 10:6; 13:1**). Esto cada período de tiempo, se volvía a repetir y la injusticia, volvía a tomar lugar en el

pueblo de Dios, pero el nivel de pecado siguió empeorando hasta que el patrón circular de desobediencia, opresión, arrepentimiento y liberación, se fue convirtiendo en una caída en picada hacia el caos total.

Los jueces siguientes llegaron a estar también más y más viciados y los israelitas abrazaron el libertinaje, la violación y el asesinato (**Jueces 19**). Al final, la nación fue sumida en una guerra civil. Uno de los últimos jueces llamado Sansón, fue en sí mismo la imagen de lo que su nación había llegado a ser. Fue un hombre apartado para el servicio y la gloria de Dios, pero de una familia que, como la mayoría, estaba fatalmente atraída hacia al paganismo (**Jueces 13:16**).

La separación y la santidad deberían ser las marcas de un hombre como Sansón, quien fue nazareo de nacimiento (**Jueces 13:4 al 7**), y de hecho, Sansón logró grandes cosas para Dios al librar a los israelitas de los filisteos por medio de muchos actos de fuerza súper humana. Sin embargo, su propia vida personal fue un desastre. Se casó con una mujer filisteas, se juntó con prostitutas y al final fue fatalmente atraído a otra mujer filisteas, llamada Dalila (**Jueces 16**). Por medio de ella descubrieron el secreto de su fuerza, y los filisteos le terminaron arrancando los ojos y lo metieron a prisión.

Es verdad que el Señor permitió a Sansón vengarse de los filisteos durante una de sus celebraciones paganas. Los gobernantes filisteos se juntaron para celebrar el poder de su dios Dagón sobre los israelitas, y por ende, sobre el Dios de los israelitas. Con el fin de entretenerse, trajeron a Sansón y lo encadenaron a los pilares del edificio. Para ese tiempo su pelo ya había crecido y su fuerza había regresado, por lo tanto, en una última hazaña de fuerza, Sansón derribó ese templo pagano sobre la multitud, terminando así su vida junto con la de muchos de ellos. Es más, la Palabra dice que: ***“Fueron muchas más los que Sansón mató al morir, que los que había matado mientras vivía...”*** (Jueces 16:30). La de Sansón, es una de las historias más conocidas, y lamentablemente, también simboliza lo que Israel había llegado a ser en esa época por causa de la idolatría.

El libro de Jueces es muy revelador al respecto, y contiene grandes enseñanzas, porque comienza con la nación envuelta en una guerra santa y termina con los israelitas peleándose entre ellos. A lo largo de esos años, vemos una tendencia en los israelitas, que fue la siguiente: ***“Cada uno hacía lo que bien le parecía mejor...”*** (Jueces 17:6; 21:25).

Hay muchas lecciones bíblicas respecto del pecado llamado idolatría. Incluso el rey Salomón, siendo el hombre más sabio de la tierra, terminó sus días idolatrando a los

falsos dioses de sus concubinas. Qué más decir de los reyes que gobernaron en la nación dividida y cada vez más corrupta.

Sin dudas lo más importante que debemos entender en la actualidad, es que la falsa adoración trae la ruina. Fuimos creados para adorar solamente a Dios y para que solo Dios, esté en el primer lugar de nuestras vidas.

Al mirar hacia atrás, y ver los estragos producidos por este absurdo pecado de idolatría, la fascinación de Israel por los ídolos de las culturas paganas que les rodeaban, podemos preguntarnos cómo pudieron ser tan ignorantes. Ellos tenían al Dios viviente, al Creador de los cielos y de la tierra, quien les había guiado milagrosamente fuera de la esclavitud, a través del mar y del desierto, con tremendos milagros sobrenaturales. Dios había destruido fortalezas frente a sus ojos y les había dado una tierra maravillosa. ¿Cómo fue que prefirieron adorar a pedazos de piedra, de madera o de metal?

Pero no nos apresuremos a responder, y mucho menos a criticar livianamente a Israel. Ellos vivieron muchas cosas para enseñarnos a nosotros, porque tal vez hoy en día, nadie en la Iglesia evangélica se atrevería a levantar una estatua de cualquier tipo y adorarla. Eso puede ocurrir en el catolicismo de Roma, pero no en la iglesia

protestante. Sin embargo, qué podemos decir de otros ídolos como el dinero, los negocios, la apariencia, la fama, la familia, los templos, los ministerios, los deportes y todo tipo de intereses personales. Estos “dioses de la actualidad” sin dudas están cautivando a miles y miles de cristianos.

Es lamentable ver que este tipo de cosas están generando idolatría en la Iglesia, porque sin dudas, y como hemos visto, la idolatría es un pecado que siempre produce tristes consecuencias. Seguramente al exponer algunos conceptos, cualquiera podrá analizar su vida personal y sus actitudes ante sus afectos, sus bienes y sus logros, pero por el tema central de este libro, deseo enumerar algunos actos de idolatría que he visto en la Iglesia de hoy.

Por ejemplo, la idolatría institucional, que es la que se produce, cuando lo que dicen los estatutos de la denominación, se tornan más importantes que lo que dice Dios. La idolatría a ciertos hombres en autoridad, a quienes algunos les rinden más pleitesía que al Espíritu Santo, porque a pesar de que ellos, puedan estar enseñando o imponiendo algo anti bíblico o cortando lo que el Espíritu pretenda hacer, los honran y respetan con grandes reverencias.

La idolatría ministerial, con algunos que hacen lo que sea necesario para obtener un ministerio, aunque lograrlo

signifique la desobediencia al Señor. La idolatría a los ministros, que se produce cuando se admira tanto a un profeta, a un apóstol, a otro ministro, o incluso a un cantante, o músico cristiano, a quienes se los suele considerar estrellas. A quienes se los suele admirar y adorar de manera exagerada aunque tal vez no le besen el anillo.

Mucha de esa idolatría se produce con los supuestos padres espirituales, y digo supuestos, no porque no exista la paternidad espiritual, sino porque algunos aprovechan esa posición, que debería ser de servicio y extrema humildad, para enseñorearse de los también supuestos hijos espirituales, quienes terminan accediendo a cualquier pedido o manipulación de sus padres espirituales.

La idolatría de bienes, que se produce en la Iglesia, cuando se adora la edificación del templo, los predios adquiridos, el mobiliario de esos lugares, los equipos de sonidos, luces, pantallas, radios, canales de televisión, o incluso vehículos de la Iglesia. Algunos, sinceramente creen que Dios está con ellos más que con otros, tan solo por lo que han comprado y a eso le llaman éxito. Por supuesto, que no está mal tener muchos bienes, eso es fantástico para el avance de la obra, yo estoy hablando de idolatría, no de buena administración.

La idolatría numérica, que se produce en una estúpida competencia por tener más que otros ministerios. Más gente, más líderes, más bienes, más anexos, más fama, más medios y más todo, que los supuestos competidores. Esto es idolatría, porque nada es nuestro, todo es del Señor y no debería haber competencia entre ministerios, porque eso genera fanatismo, ignorancia, necedad y las tinieblas suficientes para la operación del enemigo.

Amados, debemos tener mucho cuidado de todo esto, y de cada cosa que podamos idolatrar, incluso sin desearlo. Pidamos al Señor que nos revele si hay algo así en nuestro corazón y pidamos perdón si de manera personal, o en la congregación, hemos cometido un pecado de idolatría. Nunca olvidemos que la Iglesia es del Señor y Él es el único digno de toda adoración.

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida...”***

Proverbios 4:23



Capítulo cinco

REY DE REYES SEÑOR DE SEÑORES

“De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones, y las regirá con vara de hierro; y Él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso. Y en su manto y en su muslo tiene un nombre escrito: Rey de reyes y Señor de los señores”.
Apocalipsis 19:15 y 16

El Señor es el Rey de reyes y nosotros, como hemos visto, hemos sido constituidos como reyes y sacerdotes para el Dios Padre. Esto nos debe dejar una clara enseñanza hasta Su gloriosa venida. El Señor es el que gobierna sobre nosotros sus reyes. El vivir el Reino, no se trata de gobernar el mundo, sino vivir bajo el gobierno del Señor.

Algunos predicán Reino, como si vivir siendo reyes, fuera tomar autoridad, decretar, establecer y gobernar sobre toda la creación. En realidad, debemos tener mucho cuidado

con eso. Debemos comprender la legalidad del Reino y el orden de todas las cosas.

El Señor ha recibido toda potestad, en el cielo y en la tierra, eso es un hecho, y yo lo analizaré en el último capítulo de este libro, pero aunque nosotros por la gracia, en Él vivimos, nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**, no significa que podemos hacer todo lo que queremos como si fuéramos Jim Carrey en la película el Todopoderoso.

Hay quienes tienen una actitud, como si mandaran sobre el cielo. Ellos parecen los jefes y Dios el que hace todo lo que ellos decretan. Eso no es verdad, eso no está en la Biblia. Dios es el Señor y es el único Soberano que hace todo lo que se le da la gana. Nosotros, por la gracia estamos en Cristo, y nuestra vida, solo es de Reino, cuando obedecemos con humildad y temor Su voluntad, poniéndola por obra sin reparo alguno.

Si dentro de Su soberana voluntad, está la posibilidad de manifestar Su poder al ejecutar una orden suya, entonces la situación pudiera aparentar que tenemos poder, pero en realidad, toda la autoridad y el poder es del Señor. Nosotros solo podemos llegar a manifestar lo que Él desea y punto.

Es cierto que al hacernos ministros competentes de este pacto glorioso, podemos gobernar todo lo que Él nos

asigne, pero no todo lo que deseamos. Solo debemos ser administradores fieles, pero nada más. La vida de Reino, no es evidenciada por gobernar cosas, sino por estar bajo el gobierno de Dios y a consecuencia de ello, gobernar lo que se nos asigne y punto.

Para esta situación, deseo podamos tomar lección de los reyes del pasado. En realidad hubo tres reyes que reinaron la nación de manera integral y fueron Saúl, David y Salomón, luego, por el pecado de este último, el reino se dividió en las diez tribus del norte, denominadas como Israel y las dos tribus del sur, denominadas como Judá. A partir de entonces hubo unos diecinueve reyes en Israel y unos veinte en Judá.

Algunos fueron buenos y otros fueron perversamente malos. Los buenos, tanto en Israel, como en Judá, produjeron grandes bendiciones para la nación, y los malos, solo acarrearón muerte y maldición. Es claro que podría citar el ejemplo de cada uno, para enriquecernos con sus lecciones de vida, pero quisiera rendirme ante la evidencia bíblica de que en los reinos divididos hubo un total de treinta y nueve reyes y sus historias están relatadas en cuarenta y cinco capítulos de la Biblia, mientras que en el relato de la vida de Saúl y David, hay cuarenta y cinco capítulos al igual que en el resto de todos los demás.

Esta evidencia, me permite entender o concluir que si nos enfocamos en la vida de Saúl, que fue un mal rey, y David, que fue un buen rey, seremos capaces de comprender a todos los demás reyes y sus consecuencias, buenas o malas.

¿Qué quiero enseñar con esto? Bueno, que Saúl y David son dos arquetipos, prototipos o modelos de reyes, y que sus vivencias son tan ricas que llegaremos a encontrar grandes lecciones para nosotros y comprensión de por qué los demás reyes tuvieron éxitos o fracasos. Incluso podría decir que todos los demás reyes, o fueron reyes conforme al orden de Saúl, o fueron reyes conforme al orden de David.

Saúl fue el primer rey de la nación, levantado por pedido exclusivo de la gente, que a pesar de la dura advertencia de Samuel, quisieron tener un rey como las demás naciones. Esto fue muy penoso y perverso, porque Israel, era la única nación de la tierra, cuyo Rey podríamos decir que era el Señor, porque ellos tenían jueces, pero el que gobernaba era Dios.

El pueblo no quiso ese diseño y todos pidieron un rey como las demás naciones. Entonces, el Señor ordenó a Samuel que ungiera a Saúl como el primer rey de la nación.

Tristemente Saúl tuvo una mala gestión y a pesar de las promesas, su reino fue arrebatado y terminó muy mal.

“Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová, contra la palabra de Jehová, la cual no guardó, y porque consultó a una adivina, y no consultó a Jehová; por esta causa lo mató, y traspasó el reino a David hijo de Isaí.”

1 Crónicas 10:13 y 14

El segundo rey fue David, de quién todos conocemos sus historias. Él fue ungido por elección directamente de Dios y si bien cometió muchos errores, su gestión de gobierno fue muy buena y terminó sus días en paz, aferrado a las promesas de un reino eterno, el cual se cumplió en la primera venida de Cristo y se manifestará plenamente en la segunda venida del Señor.

“Así reinó David hijo de Isaí sobre todo Israel. El tiempo que reinó sobre Israel fue cuarenta años. Siete años reinó en Hebrón, y treinta y tres reinó en Jerusalén. Y murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria; y reinó en su lugar Salomón su hijo.”

1 Crónicas 29:26 al 28

La pregunta sería, más allá de toda desobediencia, porque ambos las tuvieron ¿Por qué motivo terminaron de

manera tan opuesta? Bueno, ante todo, veamos cuanto en común tuvieron los dos:

Los dos eran jóvenes que, al ser ungidos, jamás habían imaginado, ni soñado que serían escogidos para gobernar, de hecho los dos se consideraron indignos de ser reyes (**1 Samuel 15:17; 18:18 y 23**). La Biblia dice que los dos eran hermosos (**1 Samuel 9:2; 16:12, 18**), y que los dos provenían de familias de poca estima (**1 Samuel 9:21; 16:1; Miqueas 5:2**).

Tanto Saúl como David, fueron ungidos con el aceite de la unción por el mismo sacerdote llamado Samuel (**1 Samuel 10:1; 16:13**). Sobre los dos vino el Espíritu Santo con poder y fueron equipados para la tarea de gobernar (**1 Samuel 10: 6 y 7,10; 16:13**).

Los dos tenían alrededor de treinta años cuando comenzaron a reinar (**1 Samuel 13:11; 2 Samuel 5:4**), y los dos reinaron durante cuarenta años sobre Israel (**Hechos 13:21; 2 Samuel 5:4 y 5**). Los dos tuvieron la oportunidad de perpetuar su reinado, porque ambos recibieron la palabra de Dios al respecto, pero solo David lo consiguió (**1 Samuel 13:13; 2 Samuel 7:11 al 13**). Algunos piensan la promesa solo fue para David, y ciertamente es lógico pensar así, porque la promesa sobre el Mesías había sido hecha sobre la tribu de Judá, a la cual perteneció David hijo de Isaí,

mientras que Saúl era hijo de Cis, de la tribu de Benjamín. Sin embargo, también debo decir que el Señor le había prometido a Saúl reinar por siempre sobre Israel.

“Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó.”

1 Samuel 13:13 y 14

Tanto Saúl como David, vivieron casi la misma edad, si bien Saúl murió en el campo de batalla y David en su lecho, ambos murieron siendo de algo más de setenta años. Los dos hicieron grandes proezas para Dios y ganaron grandes batallas y por supuesto, fueron de renombre para la nación.

Por otra parte, los dos cometieron grandes pecados y aunque pagaron sus consecuencias, ahora veremos las diferencias entre ambos, porque los dos empezaron muy bien sus gobiernos, pero como pudimos ver, ambos terminaron de manera muy diferente y seguramente en eso,

encontraremos una gran lección (**1 Samuel 11; 14:47 al 48; 17**).

¿Qué ocurrió de diferente entre ellos? Habiendo tantas similitudes en sus vidas ¿Dónde estuvo el detonante para un final tan diferente entre ambos? Bueno, yo diría que lo que marcó la gran diferencia entre los dos, fue que Saúl fue coronado y puesto a gobernar inmediatamente después de haber sido ungido por Samuel. Sin embargo David tuvo que vivir un duro proceso de preparación antes de ocupar su trono. De hecho, debió esperar aproximadamente una década para ser coronado y reinó cuarenta años, pero en Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, solo después de eso, reinó en Jerusalén treinta y tres años sobre todo Israel y Judá (**2 de Samuel 5:4 y 5**).

La vida de David, antes de ocupar su trono, fue una vida de quebrantamiento y grandes dificultades, donde Dios trató con su corazón, que por cierto, a pesar de estar bien dispuesto, debió ser perfeccionado para terminar convirtiéndolo en ese personaje tan apasionante como fue. En mi opinión, David tuvo la vida más apasionante de todo el Antiguo Testamento. Por supuesto que esto, es una apreciación personal, no digo que alguien deba estar de acuerdo con esto, solo que a modo personal admiro mucho a David, y lo percibo como un hombre excepcional, no perfecto, pero sí excepcional.

Por supuesto, debo reconocer que hay varios personajes en la Escritura que sin dudas inspiran grandemente nuestras vidas, hombres como Abraham, Moisés, José, Daniel y otros como ellos, que nos permiten imaginar, comparar e imitar las buenas acciones que Dios pretende de nosotros. Sus vidas son inspiradoras y parecen guionadas para superproducciones cinematográficas. Ellos nos hacen vibrar y sin duda es un propósito de Dios que así ocurra, pero de todas maneras, si tuviera que votar, creo que la estatuilla del Oscar de la academia del Reino, en mi humilde opinión, se la lleva David. Por supuesto, no pondría jamás en esa terna, al Rey de reyes, porque en tal caso ¿Quién podría contra Él?

“Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza. Y que el Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener el mismo sentir los unos para con los otros conforme a Cristo Jesús”

Romanos 15:4 y 5

La vida de cada uno de los personajes Bíblicos, tienen condimentos claves para nosotros, fueron diseñadas por el Padre para enseñarnos, pero la de David me parece verdaderamente monumental, sobre todo porque el mismo

Señor llegó a decir de David lo que no dijo de ningún otro y lo que cualquiera de nosotros anhelaríamos que el Señor dijera al evaluar nuestra vida.

***Quitado éste, les levantó por rey a David,
de quien dio también testimonio diciendo:
“He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi
corazón, quien hará todo lo que yo quiero”.***
Hechos 13:22

Hay dos cosas claves que vemos en **Hechos 13:22** y en el versículo **36** del mismo capítulo, donde dice que David fue un hombre que sirvió a su generación. Es decir, si sirvió a su generación y fue un varón con un corazón conforme al corazón de Dios ¿Cómo no valorar y considerar su ejemplo?

Todos sabemos este versículo respecto del corazón de David para con Dios, pero realmente es digno de tener en cuenta, porque el mayor problema del hombre es el corazón, y ahí radica una gran diferencia con Saúl, porque David pecó en cuestiones personales, pero se cuidó mucho de no ofender a Dios y cuando así fue, hizo todo lo necesario para demostrar que no había sido su intención. Saúl por su parte, desobedeció, pero procuró disimular los motivos y nunca se arrepintió de corazón.

Cuando analizamos como está el mundo y vemos tanto pecado, debemos comprender que en realidad, el fondo de todo lo malo de cualquier persona, surge del corazón (**Proverbios 4:23**), por eso el Nuevo Pacto tiene el diseño de una nueva vida y un nuevo corazón (**Ezequiel 36:26**).

El Nuevo Pacto vino a través de Cristo para solucionar un problema mortal. El corazón del hombre no tenía remedio y Cristo lo llevó a la Cruz. Era necesario que ese corazón muriera porque estaba lleno de iniquidad y pecado, pero damos gracias a Dios que al tercer día nuestro amado Señor resucitó para darnos vida nueva con un nuevo corazón.

Romanos capítulo seis del cuatro al ocho dice lo siguiente: ***“Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del***

pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él...”

La pregunta sería ¿Por qué nos sirve como ejemplo hoy el corazón de David? Si David es un personaje de un pacto que dejó claro que el problema sin remedio de los hombres era la permanente esencia del mal. Bueno justamente, porque en un pacto muy limitado, que dejaba en evidencia el corazón de los hombres, David a pesar de sus errores fue aprobado por el Señor y eso creo que nos deja una gran enseñanza.

Aclaremos que David se salvó por Cristo, nadie entró a la presencia del Padre antes de Jesucristo, pero eso es lo fantástico, que el Señor aprobó la actitud de un hombre no renacido, un hombre con toda las debilidades e imperfecciones, que sin embargo dispuso su vida y sus acciones voluntariamente al Señorío de Dios, y no aprobó a Saúl, que con las mismas chances desperdició su oportunidad.

Eso deja en claro que nuestra actitud y nuestra entrega en un pacto mucho más favorable, nos impulsará a una vida excepcional. Creo que realmente no tenemos excusa. David reconocía su incapacidad, pero también reconoció en todo momento al Creador. Miremos lo que escribió en el salmo cincuenta y uno del verso cinco al

diecisiete: *“He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti. Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; cantará mi lengua tu justicia. Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”.*

¡Tremendo! Al leerlo una y otra vez, se ve claramente el propósito de esta enseñanza a través de David. Es cierto que fue un hombre pecador, de eso no hay dudas, pero tuvo la capacidad de vivir sin ninguna estructura, hipocresía o falsedad delante del Señor. No se puso una hojita de higuera para tapar su pecado como hizo Adán, ni buscó alguna elegante excusa para ocultar su maldad. No dijo cómo Saúl

a Samuel después de su pecado: ***“He pecado, pero te ruego que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel...”*** (1 Samuel 15:30).

David reconocía su condición, no negaba sus debilidades. Increíblemente hacía lo contrario. En varios de sus escritos dejó ver su fragilidad, sus dudas, su temor, su pecado y su maldad, pero hay algo que también quedó muy en claro, y es que amaba y respetaba profundamente a Dios y eso le permitió conocer la Gracia Divina en un pacto contrario. Él escribió:

“Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en Él confiaré; Mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, Y seré salvo de mis enemigos. Me rodearon ligaduras de muerte, Y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon, me tendieron lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios. El oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de Él, a sus oídos...”

Salmo 18:1 al 6

David, a diferencia de Saúl, siempre fue sincero y sencillo y eso es todo lo que Dios pide de nosotros. Si somos humildes y entregamos nuestro corazón sin reservas, si

decimos siempre la verdad y no le ocultamos nada, siempre hallaremos Gracia y la Gracia del Señor, es todo lo que necesitamos para recibir y manifestar la plenitud de Cristo.

Todo aquel que tome estos consejos y los ponga por obra conocerá la maravillosa Gracia de nuestro Señor. Un pecador que de pronto creyó en su corazón, un cristiano que se equivoca y reconoce su condición, un cristiano que piensa que es verdaderamente bueno y de pronto se sincera permitiendo que el Espíritu le muestre sus miserias, todos, absolutamente todos recibiremos los beneficios si tomamos estos principios de vida y los practicamos.

Creo que Dios nos está invitando a procurar humildad y a mostrar la sinceridad suficiente como para abrir nuestro corazón sin reservas, sin fachadas, sin posturas superficiales, sin soberbias, sin taparnos con una hojita, sin escondernos o aparentar, sin liturgias religiosas, sin mentiras, sin rangos eclesiásticos, sin logros o reconocimientos humanos y estoy seguro que si aceptamos dicha invitación, recibiremos la virtud de un corazón de rey, aprobado por el Rey de reyes.

Tanto Saúl, como David, como Salomón, y los diecinueve reyes de Israel y los veinte reyes de Judá, nos brindan buenos y malos ejemplos. Los que actuaron descuidadamente, haciendo y permitiendo lo que no era

voluntad de Dios, terminaron provocando maldición y desastre para todo el pueblo. Los que actuaron cuidadosamente, haciendo y permitiendo solo la voluntad de Dios, provocaron bendición y avance para todo el pueblo. Dios nos da la luz para comprender esto, a quienes hemos sido ungidos para una tarea ministerial.

Israel tuvo reyes y Judá también, pero toda la nación era del Señor, y la posición de reyes, no le otorgó a nadie la libertad de hacer lo que bien se les venía en gana. Por el contrario, el Señor les había advertido claramente la importancia de la obediencia en sus cargos.

***“Cuando hayan conquistado el país que Dios les va a dar, y ya estén instalados en sus pueblos, tal vez querrán tener un rey que los gobierne, como lo tienen otros pueblos. En tal caso, sólo podrán nombrar como rey al israelita que Dios elija. Ningún extranjero podrá ser rey de Israel. El rey que haya sido nombrado no deberá comprar grandes cantidades de caballos, ni mucho menos ir a conseguirlos en Egipto, porque Dios nos prohibió volver a ese país. Tampoco deberá tener muchas esposas, porque ellas podrían llevarlo a desobedecer a Dios. Por último, ese rey tampoco deberá acumular mucho oro y plata. Cuando el rey que ustedes nombren comience a reinar, ordenará que le hagan una copia del libro que contiene los mandamientos de Dios.*”**

Esa copia quedará bajo su cuidado, y deberá leerla todos los días. Así el rey jamás se sentirá superior a los demás israelitas, sino que aprenderá a obedecer a Dios y a respetar todos sus mandamientos. Si el rey sigue estas instrucciones, él y sus descendientes reinarán sobre Israel para siempre. El libro original de la ley estará siempre al cuidado de los sacerdotes.”

Deuteronomio 17:14 al 20 BLS

Hoy todos somos reyes para Dios, pero el Rey de reyes y Señor de los señores, es quién debe dirigir el rumbo de nuestras vidas, hay demasiados cristianos haciendo lo que bien les parece, no se sujetan a ninguna autoridad, no se congregan y no reconocen la Iglesia como el gran diseño divino. A estos, yo les ruego que se vuelvan a Dios con humildad y reconozcan su señorío ahora que están a tiempo de hacerlo.

A quienes lo están haciendo así, a quienes están haciendo lo correcto, solo los aliento a no desanimarse y seguir con fidelidad, hasta el último día de sus vidas, vale la pena trascender como David y recibir la corona de justicia para una eternidad en Cristo.

Y por último, solo deseo recordar que la Iglesia es el pueblo amado del Rey de reyes, por lo tanto, quienes ejercemos un cargo ministerial, debemos tener mucho

cuidado de no implementar diseños que Dios no estableció y no debemos enseñorearnos de Su pueblo como si fuera nuestro, porque la Iglesia es del Señor y nosotros sus servidores.

Si ejercemos nuestros ministerios con orgullo como Saúl, solo vamos a sufrir pérdidas y en estos últimos tiempos, eso será muy claro y demoledor. Saúl pensó que nadie podría sacarlo del trono, pero su gobierno fue quebrantado por el Señor.

Saúl tuvo celos de David y terminó endemoniado. Él escuchaba que las mujeres cantaban y danzaban, diciendo: *“Saúl hirió a sus miles, Y David a sus diez miles”* (**1 Samuel 18:7**). Eso lo enojó y lo puso contra David, aun cuando este, lo servía con fidelidad. No debemos celar a otros ministros que también ha levantado el Señor en este tiempo. No debemos competir por números de ningún tipo. Los celos, la envidia y la competencia son aborrecidas por el Señor.

Estas actitudes son más comunes de los que muchos pudieran considerar, y solo demuestran una lamentable condición en los ministros que las padecen (**1 Corintios 3:3**). Eso ha producido mucha rivalidad entre pastores, y eso tiene que terminar, porque detrás de la envidia, vienen las críticas, las difamaciones y los malos deseos. Debemos

alegrarnos con el avance del Reino, sea a través de quién sea, porque al final, la Iglesia es del Señor.

Hay ministros que deberían ser sanados de la amargura que contienen en su corazón por la falta de resultados, y hay otros a los que les va bien, que deberían ser sanados de tanto orgullo y altanería que demuestran al exhibir sus logros. Tener una pequeña congregación no es un fracaso, así como tener una mega congregación no necesariamente es sinónimo de éxito. Como dijo el evangelista Carlos Annacondia cuando le preguntaron sobre sus multitudinarias campañas: *“El éxito, solo es estar en el centro de la perfecta voluntad de Dios, no hay otro éxito...”*

Si actuamos con humildad, no seremos alcanzados por la decadencia como le ocurrió a Saúl, no dañaremos al pueblo, ni perderemos la revelación como le ocurrió a él, que habiendo sido profeta, terminó consultando una adivina en Endor (**1 Samuel 28**). Si somos de corazón humilde, el Señor nos podrá corregir de cualquier error como lo hizo con David. Tenemos las ventajas de un Pacto glorioso que nos otorga toda virtud en Cristo, debemos aprovechar eso, porque Dios sigue buscando a los de corazón perfecto para derramar Su poder. Ese poder que la Iglesia tanto necesita.

***“Porque los ojos del Señor contemplan toda la tierra,
para mostrar Su poder a favor de los que tienen corazón
perfecto para con Él...”***

2 Crónicas 16:9 PDL



Capítulo seis

EL SEÑOR DE LA IGLESIA

“Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”.

Romanos 10:8 al 10

Uno de los errores más comunes en la Iglesia de hoy, es pensar que nos hemos convertido al reconocer a Jesucristo como nuestro único y suficiente Salvador personal, cuando en realidad, eso no está en la Biblia como un requisito fundamental. En la Iglesia del primer siglo, las personas no se convertían aceptando a Jesús como Salvador, sino reconociéndolo como el Señor de sus vidas.

¡No se asuste! Es cierto que Jesús es el Salvador, pero al Reino se ingresa por vida, no por aceptación. Y cuando

recibimos la nueva vida en Él, Su Espíritu hace morada en nosotros para guiarnos a toda verdad y justicia, vivificando la Palabra y conduciéndonos a Su perfecta voluntad.

Cuando confesamos a Jesucristo como nuestro Señor, nuestro *“Kyrios”*, estamos diciendo, Él es mi jefe, Él es el que manda en mi vida, es mi dueño, mi patrón, mi propietario, simplemente soy suyo, le pertenezco por completo. Todo lo que soy, y todo lo que tengo le pertenece a Jesucristo mi Señor. Ese es el fundamento del evangelio del Reino.

Cuando la gracia del Señor me alcanzó soberanamente, mi vida fue inundada por Su vida. Todo fue trastocado de manera radical. Mi entorno y mi gente, juzgaban por lo que veían, una especie de locura digna de ser tratada por un psicólogo. De hecho lo propusieron, y hoy entiendo perfectamente por qué.

Yo no era un delincuente social, pero era un pecador totalmente perdido, mi vida se debatía entre la euforia, el pecado y la depresión. Sin dudas un cóctel explosivo que poco a poco me estaba llevando a la muerte. De pronto, cuando la Vida vino, mis ojos se abrieron y todo cambió.

Mi manera de pensar y mi manera de sentir fueron renovadas. Simplemente me dejé llevar por el impulso de

esa vida que todavía no comprendía y el resultado fue demasiado extremo para quienes me veían. Esto es lógico porque ante la entrega voluntaria, el Espíritu manifiesta Su poder y como testigos, nadie asimila fácilmente semejantes cambios.

Yo dije que nunca iría a una Iglesia, y sin embargo, comencé a congregarme. Dije que no me bautizaría de grande y a los pocos días estaba en el agua. Dije que no me comprometería en ningún servicio y al poco tiempo estaba en el grupo de limpieza, en la intercesión, como líder de los jóvenes y fui ungido como evangelista.

Pensé que ese compromiso no cambiaría completamente mi vida y al poco tiempo, vendí todo lo que tenía y me fui a vivir solo a Buenos Aires para predicar. Dije que ahí estaba bien y pensaba quedarme, pero me casé y me mudé a la Pampa. Dije con mi esposa que nunca seríamos pastores y al poco tiempo, el Señor nos habló y abrimos una obra. Como pueden notar, dije y pensé muchas cosas, pero cuando vivimos bajo la unión del Espíritu, siempre terminamos haciendo lo que Dios quiere.

Como pastores, vivimos muchos procesos dolorosos y en varias ocasiones pretendimos abandonar. Sin embargo, nunca fuimos habilitados para eso. Cuando me sentía agobiado por la aflicción, el Señor solo me decía que estaba

en una escuela y que era necesario pasar por algunas adversidades para aprender. Él me decía que un día enseñaría a pastores y líderes, por lo que eran necesarios los procesos de dolor.

Nadie quiere pasar por adversidades, y tratando de hacer la voluntad de Dios, parecieran innecesarias. Sin embargo, es justamente en esa voluntad que las aflicciones son inevitables ¿Quién puede discutir al Señor lo indispensable? Cuando Saulo fue alcanzado por la gracia, tal vez se sintió muy privilegiado, y ciertamente lo fue. Tal vez divisó un futuro de bienestar con el Señor, pero seguramente no imaginó lo que Dios estaba diciendo a Ananías respecto de él:

El Señor le dijo: “Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre”.

Hechos 9:15 y 16

Yo me imagino a Pablo llorando emocionado por lo que estaba viviendo, y por otro lado, imagino al Señor diciendo esto a Ananías. Luego pienso ¿Qué habrá dicho de mí cuando caí de rodillas entregando mi vida por completo? Tal vez, mientras que yo, estaba regocijándome en pensar que los problemas habían terminado, el Señor estaba

pensando que se me venían unos peores. Solo que serían vinculados a Su propósito.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Romanos 5:1 al 5

Cuando Pablo dice esto, no está hablando como un espectador, sino como un asociado a los sufrimientos de Cristo. Sin dudas los sufrimientos que tuvo que enfrentar Pablo fueron grandes, pero en **2 Corintios 12:9 DHH** escribió: ***“El Señor me ha dicho: “Mi amor es todo lo que necesitas, pues mi poder se muestra plenamente en los débiles. Así que prefiero gloriarme de ser débil, para que venga a residir en mí el poder de Cristo”.***

Notemos que en **Romanos 5:3** dice: ***“nos gloriamos en las tribulaciones...”*** Y en **2 Corintios 12:9** dice: ***“muy gustosamente me gloriaré en mis debilidades”.*** Es decir

que Pablo vivía intensamente lo que también enseñaba. Esto puede ser difícil de asimilar para nosotros, o antes bien pensamos que Pablo es Pablo, pero la verdad es que nosotros, si pensamos vivir una vida de Reino, también debemos pasar por muchas tribulaciones.

Lo que Pablo quería decir con *“debilidades”* en **2 Corintios 12:9**, nos lo muestra en el verso siguiente: *“Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”*. Toda la colección de aflicciones, debilidades, enfermedades, y dificultades estaban incluidas en estas tribulaciones de **Romanos 5:3**, no solo las persecuciones religiosas. Pablo dijo que se gloriaba en ellas, en lugar de murmurar y quejarse por ellas.

Así que a medida que vemos el papel de las aflicciones en nuestra vida de fe, debemos tener en cuenta que son parte del propósito divino, y además, debemos tener en cuenta que el Señor es el Soberano en todo lo que permite y siempre tiene razón, aunque nosotros no entendamos algunas cosas. Los procesos son normales, por el contrario, sería anormal que un cristiano no los tuviera, porque Pablo enseñó a todas las iglesias, según **Hechos 14:22** que *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios”*.

El poder de regocijarnos y gloriarnos en las tribulaciones viene de la gracia y el amor que recibimos por confiar en las promesas del Señor. Así es como la gracia nos transforma en personas pacíficas y gozosas. En otras palabras, la confianza en el Señor en toda prueba, nos va forjando para ser de bendición a otros.

En nuestro caso, cuando abrimos la obra por dirección divina. Comenzamos a reunirnos con unos pocos hermanos en nuestra casa. Cuando alquilamos un lugar, comenzamos a crecer rápidamente, pasando de la nada, a casi cien personas en apenas unos meses. Al vivir en un pequeño pueblo, eso era muy impactante y prometedor.

En ese momento, una familia de la Iglesia sufrió una situación tremenda, con acusaciones ante la justicia y graves consecuencias. Nosotros, como congregación, no tuvimos nada que ver con eso, pero sin embargo quedamos en el centro de la escena. Lo cual generó una gran hostilidad verbal en la sociedad, al grado de quedarnos apenas unos pocos hermanos.

Reitero esto, pero es muy importante, nosotros no tuvimos nada que ver con dicho asunto, que por supuesto no voy a describir. Sin embargo, fuimos afectados de manera brutal. Yo seguía viajando y predicando en

diferentes ciudades, pero en nuestra congregación, todo estaba mal, y todo se había quebrado como si hubiera ocurrido un terremoto espiritual.

Yo me sentía inadecuado y terriblemente mal a la hora de predicar en otros lados. Era algo así como, “*Qué voy a enseñar yo, si en casa tengo todo mal y no me funciona...*” Sin embargo, no podía detenerme, porque el Señor no me lo permitía y como si fuera poco, me decía que todo era necesario para aprender.

En esos días, un pastor que pasó por el pueblo, nos dijo que abriéramos el cortinado del salón, ya que teníamos grandes vidrieras que rodeaban el lugar, y que de esa forma, la gente vería lo que estaba ocurriendo en las reuniones. Yo solo hice silencio, pero por dentro pensé: “*Ni loco voy a correr las cortinas, si acá no está pasando absolutamente nada, excepto que se fueron casi todos...*”

Por supuesto, no lo hice, y a los pocos días, estando solo en mí casa, el Señor me dijo: “*No corriste las cortinas... ¿Por qué no lo hiciste? ¿Te dio vergüenza? ¿Por qué te dio vergüenza, si la Iglesia no es tuya?*” Eso fue un tremendo golpe a mi ego, porque nunca lo había visto de esa manera. Sus palabras pegaron de plano en mi corazón y comprendí mi pecado...

Luego de un breve silencio el Señor me preguntó “¿Acaso yo tuve vergüenza cuando mi Hijo estuvo desnudo en la Cruz...?” Por supuesto, ese fue el golpe final, porque al instante, ya estaba tirado en el piso del living, llorando desconsoladamente como un niño quebrado por el dolor.

Incontables veces, yo había dicho predicando, que la Iglesia no era mía, que yo no tenía una Iglesia, y que la Iglesia era del Señor. Sin embargo, fui dolorosamente confrontado con mi engañoso corazón. En algún lado, y por algún motivo, quizás por el trabajo realizado desde el primer día, por los momentos vividos, o por los logros conseguidos, había llegado a pensar, o tal vez sentir, que la Iglesia era mía, y por eso la aflicción.

Yo habría jurado que algo así, no estaba en mi corazón, pero ¿Quién puede eludir la Luz del Señor? Si tanto me dolía y el Señor me confrontó de esa manera, es porque en algún lugar de mi corazón, me creí que tenía una Iglesia. La pregunta sería ¿A cuántos pastores les puede estar pasando lo mismo? ¿Cuántos dirán que la Iglesia es del Señor y en sus corazones se apropian de ella?

Es clave considerar esto, porque ahí radican las preocupaciones, el estrés, las enfermedades, las aflicciones, la competencia con otros pastores, las comparaciones, las envidias, las ambiciones, los pleitos y los fracasos. Esta

desenfrenada búsqueda del supuesto éxito es lo que genera que muchos cambien de cobertura, de métodos de trabajo, de lugar, o de proyectos, porque las presiones de creernos poseedores nos turban la cabeza.

Cuando algo no nos pertenece, simplemente no nos preocupa. No nos quita el sueño los bienes ajenos, no nos perturban las crisis de otros, no nos altera si se va gente de otra congregación, si no hay crecimiento, o si son pocos los que se comprometen, pero curiosamente, cuando pasa en “nuestra” congregación, llegamos a enfermarnos.

Nos deleitamos internamente cuando algo marcha bien, y nos preocupamos y afligimos cuando algo no funciona. No importa que digamos que la Iglesia es del Señor, lo que importa es nos haya revelado completamente esta verdad.

En otra ocasión el Señor me dijo que yo debía amar y complacer a mi esposa, porque la Iglesia era Su esposa, y si yo amaba más a Su Iglesia, que a mí esposa, solo estaría a las puertas del adulterio espiritual. Pregunto ¿No es grave algo así? ¿Cuántos pastores tienen como prioridad la Iglesia? Pensar en adulterio, ya nos asusta, porque es algo fatal, pero adulterar con la esposa de Cristo, no puede ni ser imaginado.

Yo no pretendo hacer doctrina con lo que Dios me habló a mí. De hecho, si alguien lee todos mis libros, notará que hago pocas referencias a mis experiencias personales, pero me pareció oportuno compartir estas vivencias, porque humillan mi ego, pero sé que pueden ayudar a muchos y al final, eso es lo que verdaderamente importa.

Morir a ciertas cuestiones, puede ser todo un proceso. Yo no juraría que estos sentimientos ya no están en mi corazón, es muy probable que por momentos y sin querer, vuelvo a albergarlos. Sin embargo, ya tengo en claro que debo cuidarme, porque lo que parece bueno, puede terminar siendo mi ruina. Y por supuesto, aconsejo a todo pastor, velar para que no le ocurra algo así.

¿Por qué motivos creo que a muchos les ocurre esto de pensar que la Iglesia es de ellos? Bueno, porque lo veo de manera constante. No solo en los pastores y líderes, sino también en los hermanos, quienes terminan siendo influenciados y piensan que su congregación es lo más, y se fanatizan, viendo a los hermanos de otras congregaciones como si fueran competidores o adversarios.

Por su parte, los líderes lo evidencian con la falta de unidad, porque quienes compiten nunca se unen. Muchas veces escuché acusaciones de pastores contra pastores, al mencionar que les sacaron alguna familia, o que le

dividieron la Iglesia. En realidad deberíamos preguntarnos si es posible que la Iglesia se divida, porque yo considero que se puede ir gente de una congregación, pero la Iglesia es una sola y no puede dividirse.

Un pastor del pueblo, tuvo algunas actitudes ciertamente pecaminosas con una familia. Ellos vinieron a verme y me pidieron congregar con nosotros. Poco a poco, se fueron sanando y restauraron sus vidas, pero ese pastor, desde entonces dice que yo le robé una familia. Pregunto: ¿Quién es dueño de alguna familia y quién se la puede robar a quién? ¿De dónde sacamos esas cosas?

Cuando no hay unidad entre pastores, cuando algunos no permiten que “su gente” visite otra congregación, o tenga relación con hermanos de otras congregaciones ¿No están actuando equivocadamente? Cuando hay competencias, respecto de eventos, crecimiento, propiedades, medios de comunicación, o anexos ¿No es el resultado de líderes que creen tener una Iglesia?

Cuando una denominación procura la identificación de todas sus congregaciones, y cuando una central, exige la identificación de sus anexos, respecto de nombres, logos, métodos de trabajo, música, o eventos en los que están

obligados de participar ¿No están tratando de que se identifiquen para que quede claro a quién pertenecen?

Varias veces me han presentado a líderes que en los primeros minutos de charla, me enumeran lo que tienen, lo que han hecho, lo que han logrado, o incluso a donde han viajado con su ministerio. Pregunto ¿Algo de eso nos pertenece o nos identifica? ¿Algo de eso nos hace importantes, mejores o exitosos? Por ejemplo ¿Podemos llegar a decir que Pablo nos enseñó eso, o nos dio ejemplos semejantes?

Sin dudas algo nos hace pensar, que un pastor de una congregación numerosa, es más exitoso que un pastor de una pequeña congregación, pero eso no es verdad. Como tampoco es verdad que una congregación grande, es más efectiva o influyente que una pequeña. Jesús mismo es el gran ejemplo de lo que es efectivo y lo que no.

Si alguien se lo está preguntando, respondo que lógicamente prefiero el avance de la obra y de todo lo que el Señor en Su soberanía ha puesto bajo mi administración. Sin embargo, no dejo de pensar que lo que parece poco, puede ser trascendente y lo que parece mucho, puede ser absolutamente efímero.

Tal vez el mismo apóstol Pablo, no consideró su ministerio o sus epístolas, como grandes logros, sin embargo han trascendido a través de los siglos. Tal vez, cuando escribió la carta a Timoteo, desde una fría celda, no tenía más esperanza de que le llegara y ciertamente pudiera leerla. Sin embargo, no solo la leyó Timoteo, sino millones de personas en el mundo. Reitero, lo que parece poco, puede trascender y lo que parece mucho, puede ser tristemente efímero.

La Iglesia es del Señor, al igual que nuestros ministerios, dones, talentos, capacidades y bienes materiales. Nuestra vida le pertenece por completo, y si algo hacemos, tal como dijo Jesús: ***“Ustedes son como esos siervos. Cuando ustedes hagan todo lo que se les ha ordenado, deben decir: No somos más que siervos sin mérito alguno, sólo hemos cumplido con nuestro deber...”*** (Lucas 17:10 PDT).

Yo estoy convencido, que si le devolvemos la Iglesia al Señor, sin dudas veremos Su gloria. Me refiero a devolverla desde la revelación espiritual, no hablo de actos proféticos o simples palabras. Hablo de la verdad manifestada desde corazones sinceramente humillados. Será mucho mejor y productivo para todos, hacerlo ahora y no el día, que ya estemos mirando, frente a frente, el rostro del Señor.

Cuando recibimos la orden de abrir una congregación en el pueblo, nosotros no lo estábamos deseando. Sin embargo, obedecimos y al día siguiente, fuimos con mi esposa a la casa del pastor que en ese momento, era el presidente del consejo pastoral. Él nos recibió con una sonrisa, solo hasta que le contamos lo que el Señor nos había hablado durante la madrugada.

Su mirada cambió, su tono se elevó y con enojo nos dijo: “Qué raro que Dios les haya dicho de abrir una Iglesia, porque a mí no me dijo nada...” Yo me sonreí, porque pensé que nos estaba haciendo una broma, pero penosamente descubrimos que no era ninguna broma, en verdad estaba enojado.

Luego, casi gritando dijo: “De los míos, ustedes no me van a sacar ninguno, porque los míos tienen puesta la camiseta de nuestra denominación...” Yo le dije con el mismo tono (debo reconocerlo), “Espero que los hermanos que comiencen a congregar con nosotros, se pongan la camiseta de Cristo...” Entonces, nos invitó a irnos de su casa, no sin ciertas amenazas que prefiero no mencionar. Yo me retiré indignado, mi esposa lloraba con tristeza y jamás fuimos invitados a una reunión o actividad del consejo pastoral.

Esto es muy absurdo. Yo predico en otras ciudades en iglesias de las mismas denominaciones que las congregaciones de aquí y los pastores, ante lo innegable, dicen abiertamente que Dios me usa grandemente. Eso siempre lo han reconocido. Sin embargo, jamás me invitaron a sus reuniones, ni siquiera para cuestionarme algo, si es que tuvieran que hacerlo. Eso sería muy bueno, porque al menos me enteraría los motivos por los cuales me han evitado durante tantos años.

Aclaro que yo no escribo sobre esto porque esté enojado, llevo escritos unos cien libros y nunca lo he comentado. En realidad siento tristeza, porque yo casi no cumplo con funciones pastorales, hay un co-pastor que se ocupa de eso, yo ejerzo mi llamado de enseñar al cuerpo de Cristo y mi carga es sobre la Iglesia global, no sobre la pequeña congregación que administramos hace algunos años.

La Iglesia del Señor, es un organismo vivo, espiritual y dinámico. Está gobernada por las operaciones del Padre, administrada por los ministerios que estableció el Hijo y empoderada por los dones del Espíritu Santo (**1 Corintios 12:4 al 6**), quién además, nos dirige permitiéndonos interpretar los diseños correctos (**Juan 16:13**).

Yo no creo en las estructuras institucionales, ni en las identidades que proporcionan las denominaciones. Reconozco que existen y sé muy bien, que hay algunas mejores que otras, pero en mi opinión, solo pueden llegar a cumplir efectivamente un rol administrativo, porque el diseño de Dios, es la Iglesia como un organismo vivo, compuesta de todos los renacidos que en algún lugar del mundo manifiestan que Jesucristo es el Señor.

Está bien que haya autoridades, porque Dios mismo las ha establecido. Está bien que haya un orden administrativo y de gestión, tanto espiritual como natural, porque eso puede ayudarnos a crecer sanos y trabajando coordinadamente, pero Dios nunca entregó el gobierno de Su Iglesia a ninguna franquicia institucional.

Nadie debería robarse el derecho de exclusividad divina y nadie debería pretender gobernar desde arriba, porque en el Reino es al revés, el mayor es el menor y el que lidera, debe obrar como el servidor de todos (**Lucas 22:26**). Se deben terminar los comandantes de las supuestas sanas doctrinas y se deben establecer concilios maduros de debates sanos, abiertos y humildes, sobre muchos temas que nos han separado. No para comprobar quién tiene razón, sino para amarnos y trabajar en verdadera unidad, a pesar de cualquier diferencia que podamos tener respecto de las doctrinas periféricas.

Debemos aprender a respetarnos, en lugar de atacarnos por pensar distinto. Pablo nunca pudo trabajar junto con Pedro, cada cual hizo su tarea de manera diferente. Sin embargo, nunca se atacaron diciendo que el otro era del diablo por pensar diferente. No está mal que tengamos diferencias, habiendo tantas congregaciones, es lógico que las tengamos. Lo que sí está mal, es que nos separemos, nos critiquemos y nos ataquemos como si perteneciéramos a equipos rivales. Es ahí donde el diablo saca ventaja, ante la ignorancia de los que creen que tienen una Iglesia.

Nadie tiene el derecho de creer o decir que tiene una Iglesia, a menos que haya sido crucificado por su gente. De lo contrario, debemos renunciar con humildad a todo orgullo, a toda ambición, a todo abuso de derecho, a toda posesión, y todo autoritarismo, porque la Iglesia es del Señor y de nadie más.

“Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo.

Y sean agradecidos.”

Colosenses 3:15 NVI



Capítulo siete

SEÑOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Filipenses 2:5 al 11

Cristo, siendo en forma de Dios (**Juan 1:1**), no estimó el ser igual a Dios como una posición a la que aferrarse, sino que se despojó, se desprendió de su

condición de Dios y al hacerlo vino al mundo como hombre. Es decir que el Dios Soberano y Eterno, tomó la forma de los mismos seres que Él creó.

Estando en esa condición, Él podría haber dicho: “Soy hombre, pero también soy Dios. He venido para que me sirvan, por lo tanto, humíllense y sírvanme...” Pero Él no hizo eso, Él enseñó y demostró, que no vino para ser servido, sino para servir (**Mateo 20:28**).

Además, estando entre los hombres como hombre, se humilló ante todos, para tomar forma de siervo. Toda su vida fue de servicio al Padre y a los hombres. En el aposento alto tomó la toalla y el lebrillo y se arrodilló para lavar los sucios pies de sus discípulos. Esa tarea, que correspondía al esclavo más indigno, la hizo Él, porque siendo Dios, se hizo hombre, y siendo hombre se hizo siervo.

Pero aún hay otro escalón en ese descenso de Jesucristo, porque siendo siervo, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y no cualquier muerte, sino muerte de cruz. Cristo descendió a la posición más baja, porque estaba escrito: ***“Maldito todo el que es colgado en un madero”*** (Deuteronomio 21:23).

En esa cruz del Calvario, el Señor cargó sobre sí la maldición de todos nosotros. ***“Al que no conoció pecado,***

por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Corintios 5:21). El ser más alto del universo descendió hasta el lugar más bajo al que se puede descender. Todo el juicio cayó sobre el Hijo de Dios en aquella cruz, y murió por nosotros, pero gracias a Dios resucitó al tercer día para darnos vida nueva **(Romanos 6:4).**

Por causa de Su amor, Su sacrificio y Su obediencia, recibió un Nombre que es sobre todo Nombre. Es un Nombre tal, que frente a Él se doblará toda rodilla, de los que están en los cielos y de los que están en la tierra, aun de los que están debajo de la tierra. Toda la creación reconocerá que Jesús es el Señor.

Todos los seres del universo doblarán sus rodillas ante la mención de este Nombre Supremo que el Padre le dio al Hijo cuando lo exaltó. Toda lengua confesará que ¡Jesucristo es el Señor! para la gloria de Dios Padre.

Sinceramente creo que se nos tienen que revelar las dimensiones de Cristo. Hay demasiados cristianos, que tienen un concepto muy amoroso o místico del Señor. Creo que esa liviandad de pensamiento, está causando mucho mal a la verdadera manifestación de Cristo, que la Iglesia debería expresar. Hay demasiados cristianos enfocados en sí mismos y eso debe cambiar en este tiempo.

Es por eso que en este libro, he tratado de exponer el daño que produce tanto orgullo ministerial, tanta fortaleza institucional, tantas estructuras y diseños humanos dentro de la Iglesia, así como tanto desorden, caprichos, desobediencias y rebeliones de hermanos, que cada vez son más indiferentes a la voluntad del Espíritu Santo. Ciertamente todo esto solo puede desaparecer ante la revelación de Cristo como Señor de todo.

Si queremos la expansión de esta revelación, debemos observar y aprender de la Iglesia del primer siglo. Esta Iglesia estaba compuesta de muchos hermanos que habían podido ver al Cristo resucitado (**Hechos 1:3**), o al menos, la mayoría fueron impartidos por aquellos que lo habían visto y habían recibido el evangelio de primera mano. Eran hermanos que vivían llenos del Espíritu, temerosos del Señor y totalmente consagrados.

Los ámbitos y las personas que nos rodean, son determinantes para la construcción de conceptos adecuados. Incluso la revelación espiritual puede ser fácilmente impartida por la unción de aquellos que la han recibido. Es imposible que alguien sin revelación, pueda entregar una palabra revelada. Tal vez pueda tener un mensaje, pero eso no alumbrá, a los sumo solo aporta información.

El mundo actual, está lleno de información, incluso es bien conocida la obra de Jesús, sin embargo el mundo actual desprecia eso y se burla de la verdad. Tener información o conocimiento de una verdad, no implica revelación, y sin revelación, no hay unción, ni manifestación de vida. Necesitamos que haya revelación del Señorío de Cristo y eso solo se produce por Gracia, pero veamos cual puede ser nuestro aporte.

La sociedad actual, está mucho más instruida en todo que las generaciones pasadas. La ciencia y la cultura, han tenido una expansión extraordinaria. Sin embargo, y aunque todos sepan lo que es mejor y lo que es peor para el avance de la humanidad y el planeta tierra, todo marcha en estrepitoso descenso.

Los asesinos saben que no deben matar, pero las cárceles están llenas de los que matan igual. Los políticos saben que no deben robar, pero las naciones están sufriendo la tremenda corrupción de los codiciosos. Las familias saben de las buenas normas de convivencia, pero se están degradando de manera alarmante. Las personas saben de lo bueno y lo malo, pero ese conocimiento nada tiene que ver con la revelación del Reino.

Cuando la Iglesia crea ámbitos de unción, crea ámbitos de revelación. Cuando eso ocurre, la gente se

compromete voluntariamente, porque sin revelación, solo caen en dos extremos igualmente perversos. O se comprometen por intimidación y manipulación religiosa, o se comportan livianamente, aun diciendo que aman al Señor.

Este debe ser nuestro aporte corporativo: “Crear ámbitos espirituales para que el Señor se mueva con poder, dando revelación de Su Señorío a sus hijos, para que todos se comprometan con el Reino...”

El equilibrio del compromiso espiritual, solo se produce a través de la revelación. Los ámbitos creados por gente ungida y verdaderos adoradores, son ámbitos de Luz, y ese es el motivo por el cual, quienes son añadidos a la Iglesia por el Señor, pueden ser impartidos.

Con esto no me refiero solamente a un pastor o líder ungido, me refiero a los ámbitos creados por un conjunto de hermanos que viven la verdad de manera apasionada y sincera. Un líder ungido siempre será de bendición a través de su don y su persona, pero aunque la gente se regocije en su luz, no llegan a hacer que la Luz sea su habitación.

Esto puede producir admiración por ese líder, considerándolo un ser muy especial, o el rechazo de sus expresiones, por considerarlo demasiado confrontativo. Un

líder ungido, emisor de un mensaje, no necesita gritar, ni manipular, ni amenazar a nadie, su autoridad será evidente, aunque no pueda explicarse. El problema es que sus palabras alumbran, pero también exponen, lo cual puede molestar a muchos.

La Biblia dice que vino un hombre llamado Juan, apodado también como el Bautista. Dios lo envió como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz, pero sin dudas estaba ungido. Él anunció que la luz verdadera, la que alumbraría a todo ser humano, ya estaba en el mundo, y que a pesar de ser el creador, el mundo no lo había conocido (**Juan 1:6 al 10**). Esto es duro, porque ambos fueron criticados, rechazados y asesinados por estar ungidos y hablar la verdad.

Esto Dios lo permitió, para enseñarnos que Su diseño no terminaba en Juan, ni en el Cristo encarnado en Jesús. Su diseño cobraría dimensión en la muerte y en la resurrección de Cristo, porque es a partir de ahí que se levanta el Nuevo Hombre que es la Iglesia creada en Él.

Cuando la Iglesia del primer siglo comenzó su expansión, también fue muy atacada y muchos fueron asesinados. Sin embargo, ya no eran una o dos personas, eran muchos en perfecta unidad y ese es el diseño de Dios,

poderoso e indestructible. Debemos comprender que lo ideal para el desarrollo de las congregaciones, es la sana comunión de grupos de hermanos, llenos del Espíritu Santo, llenos de Luz verdadera, que vivan apasionados, obedeciendo y sirviendo al Señor con amor y temor reverente.

Imaginemos esa dinámica espiritual. Si alguien llega a un grupo así, y comienza a convivir con ese conjunto de hermanos, indudablemente entrará en una comunión espiritual que lo impregnará de unción y pasión. Esto produce una transferencia espiritual muy poderosa. Necesitamos eso en la Iglesia de hoy, lo necesitamos de manera imperiosa. Debemos renunciar al diseño de unos pocos ungidos que ministran en grandes plataformas, para que todos los demás puedan recibir información o ser exhortados al compromiso. Necesitamos la manifestación del cuerpo, para que todos reconozcan que Jesús es el Señor.

Isaías 10:27 dice que la unción pudre el yugo, y un ministro del evangelio, tiene un grado de unción para la revelación capaz de romper yugos de mala dirección. Sin embargo, una Iglesia en plena comunión espiritual, tiene otra medida de unción diferente, capaz de romper otra medida de yugo espiritual. En estos tiempos de tremendos principados humanistas, necesitamos la unción corporativa

para la revelación del Reino. Veamos como generaban esto los hermanos del primer siglo:

“Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común: vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno. No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo. Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos”.

Hechos 2:44 al 47 NVI

Estos hermanos estaban llenos de pasión, llenos del Espíritu Santo. Servían a Dios sin reservas, no les importaba nada más que el Señor. No les importaban los bienes materiales, no tenían egoísmos, no manifestaban tristeza por tanta presión y problemas. Compartían con alegría, alabando, disfrutando la presencia de Dios, de tal manera que la sociedad los reconocía y sin buscarlo con métodos de ningún tipo, Dios añadía a la Iglesia a los que debían ser salvos.

¿Acaso podemos llegar a imaginar, lo que habrá sido recibir la gracia de Dios y caer en una congregación así? Debemos asumir que si los nuevos creyentes nacen en una congregación apasionada, serán apasionados, pero si nacen

en un ámbito de tibieza espiritual, tibios serán. Si nacen en una congregación comprometida, temerosa de Dios y servicial, así serán, pero si nacen en congregaciones en donde los hermanos solo buscan lo suyo propio, lo mismo terminarán haciendo. Pablo escribió a la Iglesia de los tesalonicenses:

“Ustedes se hicieron imitadores nuestros y del Señor cuando, a pesar de mucho sufrimiento, recibieron el mensaje con la alegría que infunde el Espíritu Santo. De esta manera se constituyeron en ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Partiendo de ustedes, el mensaje del Señor se ha proclamado no sólo en Macedonia y en Acaya sino en todo lugar; a tal punto se ha divulgado su fe en Dios que ya no es necesario que nosotros digamos nada”.

1 Tesalonicenses 1:6 al 8 NVI

La Iglesia era verdaderamente efectiva y estaba logrando una expansión única. Sin embargo, y ya en el tercer siglo, época en que gobernó Constantino, la Iglesia comenzó a diluir su esencia. Este atrevido emperador detuvo la persecución de los cristianos, pero a la misma vez, se atribuyó a sí mismo poder religioso, y comenzó a meter sus manos en el diseño Divino de la Iglesia.

Constantino no pudo leer un libro como este para despertar su prudencia y parece que nadie se atrevió a decirle al menos una frase como la del título: ¡La Iglesia es del Señor! Si Constantino hubiese entendido eso, no habría metido sus manotas donde no debía. Siempre que un ser humano se atribuye el derecho de meter sus manos en un diseño Divino termina generando problemas, por eso mi advertencia a los “Constantinos” de hoy.

Volviendo a la expresión de Pablo a los Filipenses, diría que todo ser creado, con el tiempo, reconocerá que Jesús es el Señor, pero nosotros los cristianos, ya debemos reconocerlo así en todo momento. También sé, que cualquier cristiano me diría que lo ha hecho, por eso es cristiano, pero yo no me estoy refiriendo ahora a la expresión de **Romanos 10:10**, como lo hice anteriormente. Ahora me estoy refiriendo a la gestión de la vida que hemos recibido en Él.

Si hubiera permanentemente una clara revelación del Señor para la vida, no existirían las estructuras institucionales, no existirían tantas denominaciones diferentes, tantas divisiones, tantas disputas y competencias vanas. No existirían tantos líderes enseñoreándose de sus hermanos, ni tantos hermanos, ignorando y despreciando la verdadera autoridad de sus líderes.

“Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay ningún otro. He jurado por mí mismo, con integridad he pronunciado una palabra irrevocable: Ante mí se doblará toda rodilla, y por mí jurará toda lengua”.

Isaías 45:22 y 23 NVI

Analícemos esto y meditemos, porque nuevamente la Palabra enseña que aun los impíos y los perversos que se han burlado del Señor, caerán a sus pies con gran temor, reconociendo Su grandeza. ¡Nuevamente! ¿No deberíamos nosotros vivir en esa revelación día a día?

Los hermanos del primer siglo preferían confesar a Cristo como Señor, y morir si era necesario, antes que seguir con vida negándolo con palabras o actitudes. Tuvieron revelación del Señorío de Cristo y habían comprendido muy bien lo que Él mismo había dicho:

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos”.

Mateo 10:32 y 33

Yo creo que aun el martirio es un don, producido por la revelación. Cualquiera puede llegar a morir por lo que ha visto y ha recibido por amor, pero difícilmente alguien sea capaz de morir por algo que le dicen, que debe amar aunque no lo haya visto con toda plenitud.

Para ir cerrando este último capítulo, deseo confesar mis intenciones abiertamente. Yo no escribo para enseñar, tan solo por haber asumido el compromiso de hacerlo. Mucho menos, para sumar algún logro personal a mis años de ministerio. Yo escribo y predico, porque un día se me reveló el Señor y desde ese día, no puedo dejar de decir lo que he visto y creído, utilizando toda forma posible de expresión.

Por otra parte, cuando recibí Su maravillosa gracia, me dediqué a una sola cosa, como dijo Pablo: ***“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”*** (Filipenses 3:12).

Recibí su llamado y me dediqué a servirlo tiempo completo. Mi vida está completamente enfocada en el Señor y Su Reino. No procuro otra cosa que dar apasionadamente, lo que por gracia he recibido, no hay virtud personal en eso, siempre ha sido Su gracia, pero esto ha generado en mí, mucho más que libros y mensajes.

Al estudiar Su Palabra, al tratar de profundizar en el entendimiento de Su voluntad, me voy elevando cada vez más en sus pensamientos (**Isaías 55:8 y 9**). Y eso, en los últimos años ha producido cada vez más temor en mí corazón. Quienes me conocen y siguen mis enseñanzas, saben que soy un hombre que cree y predica la Gracia del Señor. Estoy contra la religiosidad, el legalismo y las estructuras humanas, mientras que exalto siempre la Gracia, fundamentada en Su Soberanía.

Sin embargo, hay dos fuentes de temor que acechan mi vida. Por un lado, recibo el sano temor de Dios, porque cada día se me va revelando Su grandeza. Por otro lado, voy sintiendo cada vez más temor por causa de la irreverencia que veo, en una gran parte de mis hermanos.

Creo que la cultura de este siglo, está levantando principados, llámense principios de pensamientos, que son muy fuertes contra el Reino de Dios. Las potestades, llámense poderes de las tinieblas, están proclamando abiertamente la constitución de un Nuevo Orden Mundial, mientras que la Iglesia, parece estar como fascinada por el canto de las sirenas de este tiempo. (Utilizando el ejemplo del mito de las sirenas que supuestamente poseían el don de la música y podían cantar de manera tan hermosa que

quebraban la voluntad de los hombres. Sin embargo, con su canto, solo los llevan a la cautividad y la muerte).

Muchos hermanos viven como asumiendo la idea de ser el centro de la vida misma, y cuando yo escudriño la Palabra, comprendo que el único centro es Cristo y fuera de Él, no hay nada más que vanidad y muerte. Muchos están creyendo que Dios los entiende, pero eso no está en las Escrituras, excepto en la Gracia de encarnar y morir por los hombres. ¿Qué más entendimiento que matarnos en la Cruz? ¿Acaso no deberíamos entender nosotros que no teníamos remedio alguno? La resurrección, y la obra de Su Espíritu, nos otorgan una vida nueva, para que no pretendamos la complacencia de nuestra vieja naturaleza pecaminosa.

El evangelio del Reino es recibir la vida de Cristo para asumir la muerte de nuestro yo. El Padre no tiene por qué entender nada fuera de Cristo. En Él vivimos, nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**. Es en Su sangre, en Su cuerpo, en Su Espíritu, en Su mente, en Sus fuerzas, en Su propósito, en Su voluntad. Fuera de Él no hay nada, Él es el centro, y la única verdad.

Cuando Pablo dice *“que somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del*

Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (**Romanos 6:4**), no está diciendo que ahora que creemos en Dios y que vamos al culto, Dios nos ayudará en todo lo que necesitemos para que nos vaya bien.

Perdonen mi franqueza, pero en Cristo nos puede ir bien, teniendo que renunciar a todo, o incluso muriendo por la causa. Entender el evangelio de otra manera, es puro humanismo disfrazado. Lo expreso, no como un maestro que enseña el ascetismo y la negación de todo placer. Por el contrario, yo predico que el evangelio del Reino nos produce avances en todo, aun materialmente. Sin embargo, también enseño que el Señor debe ser el centro absoluto de nuestra vida.

Yo creo que con Cristo, en todas las cosas somos más que vencedores (**Romanos 8:37**), y que todo nos ayuda a bien (**Romanos 8:28**), pero eso funciona en Cristo, viviendo en Su perfecta voluntad. Decir todo lo puedo en Cristo (**Filipenses 4:13**), fuera de Su voluntad es ilegal. No podemos utilizar el evangelio solo para solucionar un problema de pesca, porque al final, puede que el Señor nos pida que dejemos las barcas para seguirlo. No podemos elegir que parte aceptar y que parte ignorar.

No se puede tener eternidad fuera del Eterno, no se puede obtener revelación fuera de Su mente y la Luz de Su

Espíritu. No se puede tener Su fortaleza fuera de Su cuerpo, y mucho menos cobertura. No se puede nada fuera de Cristo, debemos entenderlo. Solo es nuestro, todo lo que está bajo el gobierno de Su voluntad. Podemos tener muchas cosas y según los parámetros del mundo podemos parecer exitosos, pero solo lo seremos si todo lo tenemos en Él, por Él y para Él. ¡Ese es el Pacto!

Obtener resultados en aquello que anhelamos, no son frutos. En el Reino, se puede fracasar teniendo mucho éxito social, y se puede ser muy exitoso teniendo que vivir como Pablo, sufriendo un montón de situaciones, aun la cárcel y el martirio. Uno es el éxito de los hombres y uno muy diferente es el del Reino. ¿Debemos elegir, o se nos tiene que revelar y punto?

Hay hermanos que no se comprometen en nada que tenga que ver con la Iglesia y muchos otros que ni se congregan, pero han adoptado la idea de que Dios los respalda, porque les va bien en cuestiones personales. ¿Quién dijo que resultados es sinónimo de respaldo divino? Jesús tuvo un grupo de setenta discípulos que lo abandonaron, tuvo doce que lo negaron y uno que no solo le robaba, sino que lo traicionó entregándolo a las autoridades religiosas para que lo acusen y lo entreguen a Roma. Eso no parece una gestión de liderazgo muy exitosa que digamos. Sin embargo lo fue.

En algunos liderazgos de la Iglesia actual también está pasando esto, y sinceramente es muy peligroso. Muchos creen que Dios los respalda porque les va bien, pero ese no es un parámetro para medir nada. Los resultados no son frutos, y si no, preguntémosle a Pablo. Tener una mega congregación, muchos bienes o prestigio entre los pares, pueden ser tomados como un síntoma de que estamos caminando en Su voluntad, o puede que no signifique absolutamente nada, todo depende desde donde lo miremos.

Cuando vemos la vida de Pablo, a quién acabo de citar, comparándola con la vida de un súper apóstol de hoy, podríamos llegar a la conclusión de que Pablo es un simple y precario servidor. Pero en realidad: ¿Esto es así? ¿No será que lo pequeño a los ojos de los hombres, puede ser muy grande ante los ojos de Dios? Y pregunto: ¿No será que lo grande ante los parámetros de los hombres, puede ser nada, ante las consideraciones de Dios?

Yo no quiero ser insensible a los deseos y las necesidades de la gente, incluyéndome en todo eso. Pero cuando más me sumerjo en Su verdad, descubro que lo que más me importa es que hagamos Su voluntad y punto. La Iglesia no existe para complacer a los hombres, sino al Padre, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Tal vez en un momento, llegué a pensar que si a los hermanos les iba bien, servirían a Dios con pasión, pero asumo que me

equivocé. Ya estamos entrando en los tiempos del fin y veo que la bendición no produce revelación. Es al revés, quienes reciban revelación comprenderán que son benditos, tengan mucho, o no tengan nada y estos servirán a Dios con pasión.

Yo creo que todos, absolutamente todos, tanto líderes como hermanos en general, debemos vivir y trabajar, para satisfacer al Padre en la expresión de la vida de Cristo. Solo ese debería ser nuestro enfoque, adorarlo y obedecerlo. Entonces, cuando todos hagamos eso, sin buscar ninguna otra cosa. La gloria del Señor descenderá sobre la Iglesia como en el primer siglo. Será así, que sin buscarlo, seremos de bendición para grandes multitudes.

Solo debemos adorarle con todo nuestro ser, debemos servirle con pasión y con todo lo que somos y tenemos. Entonces, sin buscarlo y sin invertir nuestras fuerzas y nuestro potencial en solucionar problemas a la gente, seremos de bendición para muchos, porque habrá verdadera vida en la Iglesia, habrá restauración, liberación, sanidades y grandes milagros de todo tipo.

Ruego a Dios, que despertemos de este letargo y en lugar de limitar al Espíritu con estructuras institucionales, en lugar de implementar ingeniosos sistemas de crecimiento y consolidación, nos ocupemos de adorar al

Señor, como único y principal objetivo de nuestras vidas, sirviéndole con pasión y en profunda comunión con Su Espíritu. Entonces veremos la manifestación de Su gloria.

Repito: Si en lugar de inventar tantas cosas en pos de resultados, nos ocupamos de adorarle y servirle con humildad, no solo obtendremos resultados, sino que además nuestras situaciones personales, familiares, económicas y sociales, serán intervenidas poderosamente por el Señor.

Si dejamos de enfocarnos en las necesidades y nos enfocamos en Dios, reconociendo Su Señorío, Su Omnipotencia y Su soberanía total, entonces seremos la sal de la tierra y la luz del mundo, porque la Iglesia es un diseño divino y solo Él es digno de gobernarla.

Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, líderes y todos los hermanos en general, devolvámosle la Iglesia al Señor. Adorémosle, gocémonos en Él. Arrojemos nuestros cargos, ministerios y coronas a Sus pies y sigamos adorando Su grandeza. Entonces y solo entonces, veremos Su gloria derramándose sobre la Iglesia, inundando como un río ingobernable, las calles de cada ciudad.

Amados, no actuemos como si la Iglesia fuera nuestra, o como si solo estuviera para suplir las necesidades

humanas. La Iglesia es del Señor y existe para adorarle a Él, para que sus hijos le adoren con sus vidas, con sus trabajos, con sus estudios, con sus acciones. Existe para que las ciudades puedan adorarlo, para que la tierra pueda alabarlo. La Iglesia existe por Él y para Él. Si comprendemos eso y simplemente le amamos sin reservas, veremos y recibiremos Su gloria como nunca antes la hemos visto.

“Como está escrito: Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman”.

1 Corintios 2:9 NVI



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo
Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo
que, en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera
de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y
paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil
vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería
imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mi página personal **www.osvaldorebolleda.com**](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

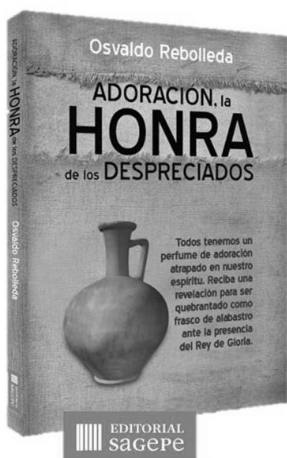
Y ministra de manera itinerante en Argentina

Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Otros libros de Osvaldo Rebolleda

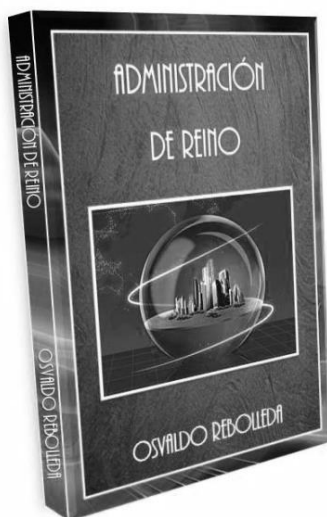


“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

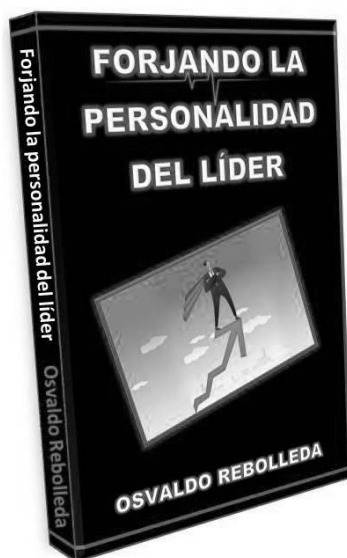
“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a

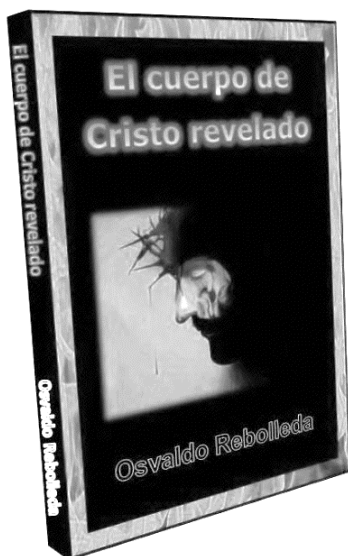
entrar en las dimensiones del Espíritu”



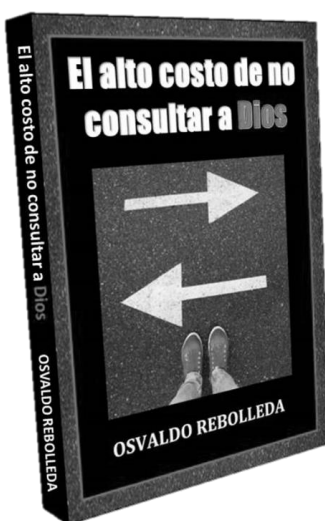


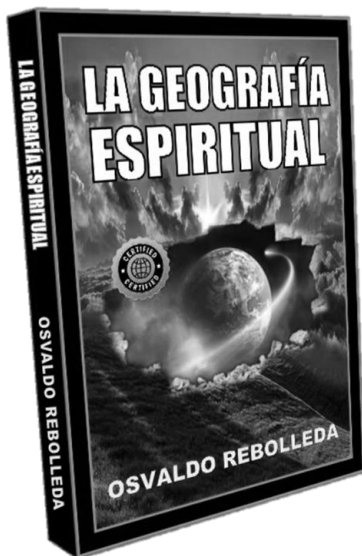
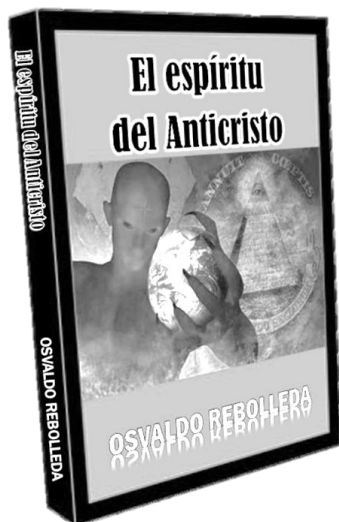
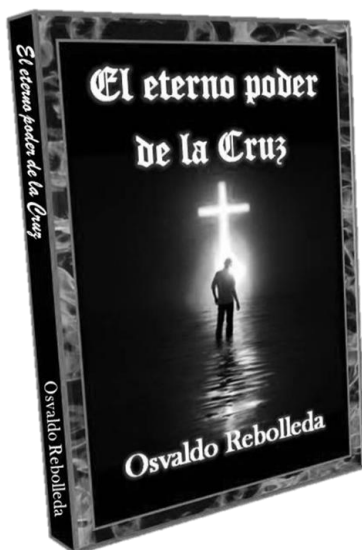
www.osvaldorebolleda.com

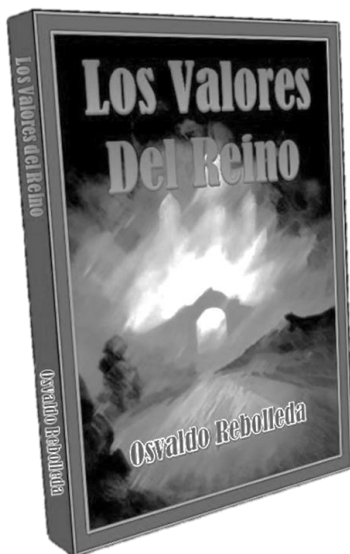




www.osvaldorebolledo.com







www.osvaldorebolledo.com

